

Después de la mina

Testimonio de una persona
refugiada

Rodrigo Telón Yucuté



Después de la mina

Testimonio de una persona
refugiada

Rodrigo Telón Yucuté

Coordinación editorial: Génesis Ruiz Cota
Cuidado editorial: Armando Rodríguez Briseño
Diseño y formación: Karla María Estrada Hernández
Fotografías: Cortesía del autor, excepto las de forros y páginas 63 y 85, realizadas por Antonio Saavedra.

Primera edición (Crónicas y testimonios): noviembre de 2017

© 2017. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo,
11590, Ciudad de México
www.conapred.gob.mx

ISBN: 978-607-8418-28-2 (Crónicas y testimonios)

ISBN: 978-607-8418-29-9 (Después de la mina)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

ÍNDICE

Presentación.....	7
Pasadas las ocho de la mañana	11
Recuerdos de mi infancia	17
Leona	23
Por qué me uní a la lucha	25
Mi vida de combatiente	33
Después de la mina, el camino a México.....	41
El complot	49
El tratado de paz.....	55
Chiapas.....	59
Mis ojos.....	65
El reencuentro con mi familia (1998)	71
Mi hija.....	79
Entre la Ciudad de México y Texcoco	81
En el metro de la Ciudad de México	85
El fútbol	87
Términos importantes para la protección internacional de personas refugiadas	89

Agradecemos a Myriam Gómez-Rosas, por su apoyo en la redacción de este libro; a Ximena Mondragón Randall, por sus lúcidas entrevistas con Rodrigo; a Hamdi Bukhari, representante en México del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y a su equipo, especialmente a Mariana Echandi y Macarena Olazábal, por sus atentas lecturas y valiosos comentarios.

PRESENTACIÓN

En México, la mayor parte de la población enfrenta discriminación: de manera generalizada y en una multiplicidad de ámbitos, varios perfiles sociodemográficos encuentran barreras sistemáticas e injustificadas para acceder a sus derechos. Este patrón se ha repetido a lo largo de generaciones, evidenciando que nuestra sociedad y sus instituciones hacen cotidianamente distinciones injustificadas entre las personas.

Los patrones discriminatorios refuerzan las desigualdades en el país, pues los sectores históricamente marginados ven desaprovechados sus talentos y truncados sus planes de vida. Ello genera encono y resentimiento, impide la solidaridad y actúa en detrimento de la cohesión social. Además, al desperdiciar el potencial de un alto porcentaje de la sociedad, nuestro país ve limitadas también sus propias oportunidades de crecimiento y desarrollo.

La vida de Rodrigo Telón ilustra los efectos de este fenómeno. Su relato autobiográfico retrata diversas ocasiones en que vio sus derechos limitados o negados por razones vinculadas con su origen étnico, nivel económico, discapacidad, ideología política y nacionalidad. Sus experiencias también hacen patente que la discriminación acompaña a las personas a lo largo de su ciclo de vida. Durante su infancia y adolescencia, por ser una persona indígena en situación de pobreza, Rodrigo tenía que ganarse la vida con el producto de sus manos, trabajando como albañil, vendiendo productos de primera necesidad o cosechando café en fincas cuyos dueños pagaban mal y abusaban de sus trabajadores. Una

vez que comenzó a cobrar conciencia política y decidió actuar en contra de las injusticias de su comunidad, fue rechazado por sus ideas. Después de sufrir el trágico accidente que dio un vuelco a su vida, fue discriminado por su discapacidad. Finalmente, como refugiado en nuestro país, ha sido afectado por claras manifestaciones de xenofobia.

Después de la mina: Testimonio de una persona refugiada es el primer libro de la colección “Crónicas y testimonios”. Esta serie de publicaciones se compone de historias de vida narradas por sus protagonistas, las cuales conmueven y obligan a la reflexión, además de instar a sus lectoras y lectores a formar parte de la lucha por la igualdad. Las historias se caracterizan por su crudeza, por el profundo sufrimiento que expresan, pero también por mostrar ejemplos de fuerza y perseverancia para enfrentar las barreras que la discriminación impone.

La historia contenida en estas páginas también pretende motivar la reflexión en torno a la interseccionalidad; es decir, al hecho de que un gran número de personas vive situaciones de discriminación múltiple a raíz del estigma asociado a diversas características. Algunos ejemplos son, en el caso de Rodrigo, la nacionalidad, la condición social, la discapacidad, la pertenencia a un pueblo indígena y la condición de migrante. Todos esos rasgos aún están fuertemente sujetos a los prejuicios de la sociedad, por lo que un cambio cultural es urgente.

Un par de datos ilustra el gran camino por andar. En torno a las personas migrantes, por ejemplo, la Encuesta Nacional sobre Discriminación en México (Enadis) 2010 mostró que un cuarto de la población mexicana (26.6%) no estaría dispuesta a permitir

que en su casa vivieran personas extranjeras, mientras que más de un tercio de las personas migrantes (37.1%) no se siente seguro en nuestro país. Resulta claro que no sólo como individuos, sino también como sociedad, es fundamental que asumamos un compromiso para impulsar la igualdad entre todas y todos.

La reedición de este testimonio responde a la certeza de que los relatos reales y en primera persona tienen un gran potencial para acercar las realidades de la exclusión a la población en general. La historia que tiene usted entre las manos es una invitación a detenerse a pensar en cómo actuará, personal o profesionalmente, la próxima vez que esté frente a una persona que viva alguna situación similar a cualquiera de las que relata Rodrigo.

Alexandra Haas Paciuc
Presidenta del Consejo Nacional
para Prevenir la Discriminación

PASADAS LAS OCHO DE LA MAÑANA

Llegó mi compañero a relevarme de mi guardia. En lugar de dirigirme al campamento a descansar, decidí ir a ubicar dónde se encontraba el ejército enemigo. No vi ningún rastro, sólo noté que se acercaban tres civiles, entre ellos una mujer. Me escondí, no entendía qué querían ni por qué andaban por ese lugar; peligrosamente se acercaban al campamento donde teníamos preparada una emboscada para el ejército. En eso, la mujer se percató de la mina y en su lengua les dijo a sus acompañantes lo que había visto; entendiendo lo que estaba pasando, les pidió que se alejaran de ahí lo más rápido posible. Yo los veía y los oía muy bien, dirigí la vista hacia donde estaba la carga de explosivos y entendí cómo fue que la mujer la había notado: estaba a ras de tierra. Esperé a que se fueran y después me dirigí a reportar al teniente. Él me ordenó que fuera a revisar la carga y, al inspeccionarla, me percaté de que estaba colocada descuidadamente, los circuitos no tenían ninguna protección. Decidí bordearla con tierra para cubrirla, empecé a caminar alrededor de ella. Las piedras sueltas hicieron que me resbalara y, sin poder evitarlo y sabiendo lo que me pasaría, caí sobre la mina. Veinte kilos de explosivos. No supe más de mí.

Mis compañeros y el escuadrón del ejército escucharon la detonación y corrieron hacia el lugar; dos de mis compas arriesgaron sus vidas y fueron con una camilla a levantarme. De pronto, sin más, empezaron a correr: el ejército ya venía tras nosotros.

Para no tener que cargar conmigo, decidieron dejarme a la orilla de la montaña. Sabían que por lo menos ahí no me matarían y así ellos podrían distraer al ejército mientras conseguían alguien que me atendiera. Creo que volví en mí cinco o seis horas después. Cuando desperté, sabía que no podía moverme. La sensación era muy extraña: no sentía la cabeza ni ninguna parte de mi cuerpo, sólo una pesadez y un dolor profundo que me hacía delirar. No podía definir de dónde venía el dolor, sólo sabía que era extremo y que iba a morir.

Una vez que mis compas se sintieron seguros de haber dejado atrás al ejército, fueron a recogerme para llevarme a Los Tumbos, un campamento de la guerrilla donde podría recibir atención médica. Llegamos al amanecer. Agonizante, me pusieron en la camilla de operaciones y sin pensarlo más, para evitar la gangrena, me cortaron el brazo izquierdo y tres dedos de la mano derecha.

En Los Tumbos no contábamos con gran variedad de medicinas por lo que el comandante ordenó a una patrulla ir a saquear un puesto militar que seguro estaba mejor equipado que el campamento donde estábamos; harían cualquier cosa con tal de salvarme.

La patrulla rodeó al pequeño grupo de militares y se desató una batalla. Mis compas acabaron con ellos, tomaron lo que necesitaban y regresaron al campamento. Sabíamos que eso desataría una persecución del ejército más grande, necesitábamos cambiar de posición, así que mis compañeros decidieron que nos refugiáramos en la montaña. Camilo me levantó y me puso sobre su espalda. Al llegar a la cima de la montaña, el enemigo ya nos estaba esperando. Aviones y helicópteros empe-

zaron a sobrevolar la zona y a lanzarnos bombas. Camilo trató de levantarme una vez más y yo, sabiéndome una carga, le pedí que ya no lo hiciera, que me dejara ahí, que era lo mejor para todos ellos. Camilo se enojó y me dijo que no iba a hacer eso, me puso de nuevo sobre sus hombros y una vez más empezó a correr. Nos caímos a un barranco, el dolor era insoportable, el golpeteo de los pies de Camilo contra el piso era como clavos en el cuerpo; a ratos yo caía inconsciente, a ratos despertaba, era muy tortuoso. Como pudo, Camilo salió del barranco, siguió caminando, volvió a caer en otro barranco, esta vez muy cerca de un grupo del ejército que se había separado para buscarnos. Para entonces ya había amanecido y los movimientos tenían que ser más sigilosos. La luz del día les impidió sacarme de ahí, me escondieron en el monte, a la orilla del camino.

Escuché nuevamente el ruido de las metralletas. Ahora sólo esperaba que me cayera una granada o que alguna bala perdida terminara con mi vida, pues no estaba muy lejos de donde se libraba la batalla. Eso no era lo único que me asediaba, el olor y la sangre de mis heridas atraía a las moscas, otros insectos y alguno que otro animal. Si alguien del ejército hubiera puesto atención al número de moscas que me sobrevolaba, me habría notado muy rápidamente. Las moscas me estaban matando, no podía hacer nada para espantarlas. Empecé a delirar. Vi a una viejita muerta que se la comían los gusanos y la acechaban las moscas —ahora entiendo que no era a la viejita sino que a mí me estaba pasando eso, las heridas habían empezado a agusanarse.

Por la noche me llevaron a una cueva para resguardarme de la temperatura y de los animales más grandes. Me dieron algo

de comer y beber y se volvieron a ir para continuar la batalla y abrir camino para poder salir de ahí. Mis compañeros regresaron por mí. De repente, pude percatarme de lo que sucedía. Sabía que ellos estaban haciendo todo lo posible por salvarme. También sabía que mi situación era mala y que, seguro, yaapestaba. Entendía que no podía moverme, pero no sabía exactamente qué partes del cuerpo tenía, qué me funcionaba y qué no; lo que no entendía era por qué mis compañeros no me dejaban ya en algún lugar. Llegamos a una población donde se encontraba la casa de un colaborador de la guerrilla. Oí que mucha gente venía huyendo del ejército. Ahí me asistieron. Se me acercaron unas mujeres, no pudieron esconder la cara de espanto cuando me vieron. No sé qué las espantó más, si mi cara toda deformada o las heridas agusanadas. Me acercaron algo de comer. Inmediatamente notaron que sin su ayuda yo no podría comer. Sin decir nada, me dieron de comer en la boca.

Un poco después llegó el doctor Julián. Me quitó las vendas de los ojos, pero ya no veía más. Me dijo que tenía quemada la mitad de la cara y otras partes del cuerpo, también me dijo que me habían amputado el brazo izquierdo y tres dedos de la mano derecha. Comencé a llorar profundamente. El doctor dijo entonces: “Lo peor ya pasó, no te preocupes. Te vamos a llevar con otros compas, ellos te van a atender bien, con todo lo necesario para que tu recuperación sea rápida. Vamos a salir de un momento a otro”. Reaccioné, mis lágrimas desaparecieron y traté de reconfortarme porque lo que había pasado ya no tenía solución.

Pensaba en los compas que me habían sacado del peligro, sabía la forma en que se habían arriesgado por mí, yo no podía ren-

dirme, tenía que seguir. Estaba orgulloso de lo que había hecho por mi pueblo, pero me di cuenta de que, con un sólo golpe, los planes de mi lucha se habían truncado. Luchar, para mí, era la única solución que encontraba para que hubiera un cambio en la realidad social de mi país. El sufrimiento de mi pueblo aceleraba mi dolor físico, un dolor que me hacía sudar y que sólo yo podía soportar.



Rodrigo en la obra de teatro El Mago de Oso, puesta en escena en la escuela de ciegos de la colonia Roma, en la Ciudad de México.

RECUERDOS DE MI INFANCIA

Memorias de mi infancia van y vienen, pero las que más perduran son a partir de los seis años. Las recuerdo bien porque empecé a participar en las costumbres de mis padres y las de Virgilio, mi abuelito paterno, quien en ese entonces sólo me parecía alguien más en mi casa. Ahora entiendo que él y mi madre eran quienes tomaban las decisiones en casa y vigilaban que la cultura se preservara. El abuelo Virgilio dirigía las oraciones al dios de la lluvia, al del arco iris, al del sol, al de la luna, y las idas semestrales a algunos cerros a rezar. Se encargaba del baño de temazcal, que siempre me ha parecido muy caliente, pero que siempre acepté sin chistar por miedo a que me llevaran a algo más caliente y encerrado que eso. Mi madre, por su lado, me enseñó a curar con las plantas que teníamos a la mano. Un día

se llenó de ronchitas en forma de bolitas de pus, las cuales le ocasionaban mucho dolor. Me pidió que pusiera a hervir agua en una ollita. Ella cortó un pedazo de cáscara de coco y me dijo que la echara al agua hirviendo por unos minutos. Después de un rato de habérsela tomado, empezó a aliviarse. Es probable que haya puesto algo más en el agua, pero la cáscara de coco seguro que sí la puso. Como hombre y el más chico siempre tenía que estar acompañado por una de mis hermanas para que me cuidara y asistiera en lo que necesitara. Nunca cociné ni lavé mi ropa. ¡Cómo me arrepiento! Ahora que soy ciego, hago todo yo solo. Hubiera aprendido de chico y de las mejores maestras. Sigo reflexionando sobre mi niñez y me doy cuenta de cuánto entendía y me protegía de los cambios de clima, aparte de ver las señales en las ramas de los árboles, olerlos en el aire o leerlos en las reacciones de los animales. Me pregunto si esa sensibilidad se pierde con los años, pero cómo saberlo si ya no veo y ahora vivo en una de las ciudades más grandes del mundo.

Había tanto que aprender. A mi mamá le gustaba más vivir en Tierra Fría, pues allí tenía su criadero de gallinas. De repente, se dio cuenta de que los animales se le iban desapareciendo. Para parar el misterio fue a ver a un “adivino” y me llevó como su acompañante. Don Saforino —ése era su nombre y tendría entre unos cuarenta y cincuenta años— nos recibió en persona. “Pasen a sentarse”, dijo, “¿qué quieren saber?” Mi madre le contó que se le estaban perdiendo las gallinas y quería saber quién era el autor de los robos. Saforino expresó: “Vamos a averiguarlo en este momento”. Sacó unos frijolitos de colores que tenía guardados en unos cajoncitos y se dio a la tarea de formarlos de dos en dos,

acomodándolos en círculo, al mismo tiempo que decía unas palabras que nosotros no comprendíamos. “Usted tiene de vecinos a una sola familia”, aseguró y continuó: “y probablemente alguno de ellos sea el responsable”. Sin dejar de mover sus frijoles y hablar con ellos en el mismo idioma desconocido, luego de un rato, nos advirtió: “ahora, va a pasar un avión”. Me asomé y así fue, efectivamente, a lo lejos divisé un avión. Para concluir, dijo: “Los frijoles me han confirmado que es una mujer quien se roba sus gallinas”.

Dimos las gracias y nos despedimos pagando la consulta con una de nuestras gallinas. Pasados dos o tres días, mamá pudo comprobar por medio de las huellas que quedaron marcadas en la tierra lo que había dicho don Saforino. En efecto, era una mujer: la vecina se ponía una máscara de coyote para efectuar sus hurtos sin ser reconocida. Mi madre la cachó en la noche cuando salía de su casa.

Mi padre trabajaba en el negocio del maíz, rentaba tierras en la finca de San Nicolás, que se encontraban en Tierra Fría, en la aldea de Choabajito. Nosotros vivíamos en Tierra Caliente y él viajaba constantemente de una tierra a otra. Papá llegó un día y nos dijo que era hora de ir a trabajar la tierra con él. Mis tres hermanos, cuatro hermanas, yo y mis padres nos fuimos a vivir a Tierra Fría. Mi hermano mayor empezó a trabajar en la construcción de casas. Mis otros dos hermanos lo hicieron en el corte de café en la finca y los demás nos quedamos en casa. Cerca de donde vivíamos había una escuela primaria donde mamá me inscribió después de que la convencí de que quería estudiar. A los nueve años inicié la escuela. Mamá comenzó a vender productos de

primera necesidad y entre todos teníamos pequeños negocios. Yo de vez en cuando vendía quintas del café que a veces cosechaba y con eso me iba haciendo de mi dinerito.

Pasaron cuatro años y mis estudios iban bien. Ayudaba a mi hermano en la construcción de casas y a mi madre a hacer las cuentas del negocio.

Un día llegó papá y nos dijo: “Rodrigo, tú y tu hermana Rosita regresarán a vivir a Tierra Caliente con Martina”. Martina era mi hermana mayor, quien se había arrejuntado con su novio y vivía allá desde hacía varios meses. También mi hermano Virgilio se había regresado, para él las cosas estaban mejor en Tierra Caliente. Una vez que todos los hermanos estuvimos juntos, botamos la casa vieja y ahí construimos otra de adobe y teja; en un mes estaba terminada. Ahí comenzaron los problemas con mi hermano mayor, pues no quería dejarme ir a la escuela. Tuve que buscar otra forma para poder seguir estudiando. Me levantaba a las cinco de la mañana, acarreaba agua de un lugar que estaba a tres kilómetros de la casa, llenaba dos tambos grandes y luego me iba a la escuela; así fue hasta el final del año escolar. Para celebrar el fin de curso, la escuela decidió hacer una obra de teatro y a mí me eligieron para participar en ella. El día de la presentación, como a las cinco de la mañana, llegó el *kesh*¹ Virgilio, abrió la puerta, se dirigió hacia mi cama y gritó: “¡Levántate! ¿Por qué no me obedeciste? ¡Ahora dejás de estudiar!” Me agarró bruscamente de la mano y me arrastró. Yo lloraba tan fuerte que desperté a mis hermanas

¹ *Kesh* significa *tocayo*. Así le decía a mi hermano, pues mi abuelo también se llamaba Virgilio.

y a mi cuñado, todos corrieron a defenderme. Como resultado de esto, el *kesh* echó de la casa a mi hermana y a su pareja. Yo me volví y le dije a Rosa: “No puedo faltar a la escuela, porque termina el año escolar y tengo que presentar la obra, ¿vienes conmigo?” Salimos corriendo y nos fuimos a la escuela. Mi papel era el de un hombre que iba a morir y le dejaba una herencia a su esposa Paula y a sus hijos. Comenzamos cuando a mí me llevaban en camilla, Paula lloraba, yo me quejaba y gritaba fuertemente: “¡Me voy a morir, me voy a morir!”, al mismo tiempo que lograba redactar mi testamento —una casa vieja, una cama vieja, ropa vieja y calzones viejos—, inmediatamente después fallecía. Nos aplaudieron mucho. No creo que hubiera hecho una carrera como actor, pero sé que actuaba bastante bien. La maestra llamó a todos los graduados y nos entregó el certificado de primaria. Le comenté que ya no iba a seguir estudiando y ella me contestó: “Es lamentable que dejes de estudiar, fuiste buen alumno”.

En ese momento no entendí por qué tenía que dejar la escuela, la situación en casa no me parecía tan crucial. Después de algunos años, para disculpar el comportamiento de Virgilio, decidí pensar que fue por motivos de pobreza y ahora sólo lo dejaré ahí, para no reconocer que la principal razón fue la envidia que mi hermano sentía. ¡Qué complicado! Para ninguno de nosotros ir a la escuela fue una opción, pero yo insistí en hacerlo y, cuando lo logré, Virgilio no pudo más que evitarlo a toda costa.

Empecé mi vida laboral independiente de mi familia de una forma muy agresiva: después de quince días de haber estado cortando caña, regresé a casa y al tercer día caí en cama enfermo de paludismo. Los síntomas eran muy agudos. Mis padres, al verme

tan grave, me llevaron al centro de salud. Los medicamentos podían controlar sólo hasta cierto punto la fiebre; me la pasé delirando. Me puse tan mal que mis padres fueron por el cura para que me diera la extremaunción. Después de haber recibido los santos óleos me recuperé algunos días más tarde.

Me gustaba oír a mi padre tocar el violín y la guitarra. Uno de mis sueños se había vuelto el sentarme a su lado y poder tocar juntos y así pasar las tardes. Durante una de sus prácticas me acerqué a él y le pedí que me enseñara a tocar la guitarra. Sin más preámbulos, empecé ahí mismo la lección. En el transcurso de una hora ya había aprendido lo básico; para continuar practicando mi madre habló con el padre de la iglesia y le propuso que me dejara acompañarlo con la guitarra durante los cánticos. El dúo duró mientras fui monaguillo; mi familia se sentía muy honrada. Un par de años después, unos amigos y yo formamos un grupo; éramos buenos y ya hasta nos habían invitado para ir a tocar a una radiodifusora para el fin de año.



Rodrigo se reúne con su ex esposa durante una de sus visitas a Guatemala. Tenían la esperanza de retomar su relación a partir de ese momento, pero las cosas ya no fueron iguales.

LEONA

El día esperado llegó. Mis padres y yo partimos de casa a las cuatro de la tarde y como una hora después llegamos cerca de la otra aldea, demasiado temprano. Para que nadie nos notara, tuvimos que ocultarnos en el bosque. En esta aldea la costumbre era tratar y hacer todo en la noche. Al meterse el sol salió el sacerdote. Él fungía como mi representante ante los padres de Leona. Nos pidió que lo esperáramos donde estábamos y nos explicó que, si los padres aceptaban, él regresaría por nosotros, pero que si no, tendríamos que entenderlo e irnos sin decir nada.

Transcurrió mucho tiempo, yo estaba muy nervioso. Mi padre, a pesar de estar en contra de mi matrimonio, no por la persona con la que me iba a casar, sino por el hecho de que ella no era de mi aldea, tenía una actitud muy positiva. Apareció el sacerdote y

nos hizo entrar a la iglesia. Nos pidió que nos sentáramos y, luego, que Leona y yo nos hincáramos frente al altar. El sacerdote, mis padres y los padres de la patoja² comenzaron a orar alrededor de nosotros. Le pedían a Dios que nuestro destino fuera feliz. Así, a los 18 años de edad, me casé.

El 16 de junio de 1980 mis padres recibieron a su primera nieta. La comadrona me pidió que comprara una botella de cucha.³ Echó un poco a hervir con medicinas naturales, le dio a Leona el brebaje, ella lo tomó y se tranquilizó. Yo asistí al parto y vi nacer a mi bebé. Al cumplir un mes y cinco días la bautizamos con el nombre de Santa. Hicimos un pequeño convivio. Después de que todos se retiraron me puse a meditar sobre lo que le diría a mi padre. Nadie sabía que me iría de guerrillero. No tenía el valor de decirles la verdad a mi madre ni a mi esposa, así que inventé la mentira perfecta: “Voy a trabajar a una finca y me tengo que ir”. Me reuní con papá para decirle toda la verdad, pedirle me concediera el permiso y también encargarle a mi esposa e hija. Lo comprendió, lo aceptó de muy buena manera, me dio su permiso y prometió cuidar a mi nueva familia. Me despedí con mucha tristeza, pero muy orgulloso al mismo tiempo.

² Palabra que se usa para referirse a una chica.

³ Licor.

POR QUÉ ME UNÍ A LA LUCHA

En mi población había varias familias ladinas.⁴ Los ladinos antes no podían —tal vez ahora sea diferente— casarse con personas indígenas. Si lo hacían eran discriminados por los otros ladinos; si lo llegaban a intentar les decían: “Para qué te juntas con ese indio”. No se aceptaba una amistad ni menos una relación amorosa. Si como indígena ibas a una tienda de ladinos te atendían después de que habían despachado primero a todos los ladinos que ahí se encontraran, luego a los mestizos y así hasta que el color se oscurecía más y más.

Buscar trabajo en las fincas era una prueba de resistencia. Si el patrón era el que estaba contratando directamente nos hacían esperar dos o tres días sentados, metidos en una galera. Una vez que obtenías el trabajo no te podías quejar de nada. Las pésimas condiciones de trabajo, los paupérrimos salarios y los malos tratos eran inherentes a la contratación. Si te quejabas sabías que te podía costar de menos el trabajo y ni hablar de la pena máxima: primero te secuestraban y luego te desaparecían.

A mí no me costó tanto, pero aprendí después de un susto que nunca he podido olvidar. Al final de la jornada entregábamos al capataz la cosecha del día y la metíamos en un costal. Todos teníamos nuestro costal y al final de la semana nos pagaban de acuerdo con los kilos que habíamos juntado. Por alguna razón noté que mi costal nunca reflejaba el cálculo que yo llevaba mentalmente. En ese entonces, uno de mis hermanos y un primo trabajaban en

⁴ Se llama *ladinos* a las personas blancas y de dinero que no hablan la lengua indígena.

la misma finca. Les comenté lo que había notado y acordamos que cada día marcaríamos con un lápiz las entregas que fuéramos haciendo. Cuando llegó el fin de semana y nos trataron de pagar menos de lo que habíamos hecho, nos quejamos. Le dijimos al capataz que sabíamos que en las noches nos ordeñaban los costales. Él se enojó y nos pidió que lo esperáramos en una de las galeras. Más tarde llegó un carro con los vidrios polarizados, nos subieron a la fuerza y nos llevaron a Amatlán, ciudad donde viven los hombres más ricos de la región.

Al bajar del carro nos encerraron en un cuarto. Estábamos secuestrados en casa de uno de los patrones. Esto no era desconocido para nosotros, conocido era que la forma de arreglar cualquier desacuerdo consistía en desaparecer a la gente. Los tres comentamos que o nos mandarían fuera de la región, si bien nos iba, o nos matarían.

Buscábamos formas de escapar pero era imposible, ya que nos vigilaban sus guardias. Para que no nos muriéramos de hambre, nos daban de comer una vez al día frijoles y tortillas. Al tercer día nos sacaron uno por uno; primero a mi primo, después a mi hermano Francisco y por último a mí. Me pagaron los días que había trabajado, no lo que realmente había cosechado y me amenazaron. Me dijeron que si volvía a la finca, me matarían. Posteriormente nos subieron al carro y nos fueron a tirar a la orilla de la carretera que quedaba cerca del lago Amatlán. El carro desapareció.

Trabajaba en una finca algodonera cuando escuché el rumor de que la guerrilla llegaría, pero el administrador se puso listo y llamó a la patrulla del ejército para custodiar la finca. Cuando

la patrulla hacía sus recorridos, tiraba balazos al aire para asustar a los trabajadores. Al fin llegó el día de pago. Teníamos que ir a la oficina por el dinero, pero ésta estaba custodiada por dos soldados que cuidaban al patrón y al administrador que se encontraban dentro. Nos dieron menos de lo que debíamos cobrar, pero los trabajadores indígenas no teníamos derecho a reclamar y menos frente a dos pistolas.

Mi padre tenía un terreno de diez hectáreas que le había sido otorgado como pago por haber servido en la lucha durante el tiempo del presidente Jacobo Arbenz en 1954 y, aunque no era fértil para plantar café, servía para cultivar caña y algunos árboles frutales.⁵

Uno de los vecinos, un ladino que quería hacerse del terreno, sobornó a cuanta persona pudo: a otros vecinos, a la policía, al alcalde y a todo aquel que pudiera limpiarle el camino. Mi padre nunca se achicó. En una ocasión llegaron a la casa a secuestrarlo; por suerte él no estaba, se encontraba a varios kilómetros de ahí y no iba a regresar hasta que no terminara el tiempo de la cosecha. En otra ocasión llegaron unos hombres diciendo que mi padre almacenaba armas en el tapanco. Voltearon la casa al revés. Obviamente, no encontraron nada. A todos los que estábamos en la casa nos sacaron a empujones y nos hicieron esperar en la puerta mientras ellos destrozaban lo que les venía en gana. En otro de sus intentos, el ladino tuvo las agallas de decirse dueño

⁵ Jacobo Arbenz fue derrocado durante un golpe de Estado auspiciado por el gobierno de los Estados Unidos, a través de la CIA. Fue reemplazado por una junta militar. Durante su gobierno se desarrolló una reforma agraria dentro de la cual éste tenía el derecho de expropiar la tierras que no se cultivaban.

del terreno, pero como no lo pudo comprobar tuvo que dejar a mi padre en paz. No entiendo cómo el ladino nunca resolvió el problema de la manera en que la mayoría de ellos lo hacía: se quitaban del paso lo que les estorbaba. Ladino era, pero no tan malo.

Desde chico escuché por la radio cómo masacraban gente en sus comunidades por no querer salir de sus tierras. En 1978, en el departamento de Alta Verapaz, región que se encuentra en la parte norte de Guatemala, fueron masacrados y despojados de sus tierras trescientos indígenas y campesinos. El gobierno ordenó al ejército atacar a la comunidad de esta zona.⁶ No recuerdo cuál fue el pretexto.

Sin oposición, los ladinos se iban haciendo de esas propiedades. Y de esa forma no sólo controlaban grandes extensiones de terreno, sino también la educación del área. Los ladinos y el gobierno le tenían pavor a un indígena educado. Sabían que, con un poco de educación, la gente se rebelaría tarde o temprano. Las escuelas empezaron a ser cada vez menos y espaciarse más.

Un día, mi hermano Virgilio me invitó a una reunión en su casa. Cuando lo vi hablar enfrente del grupo de personas que

⁶ La política contrainsurgente en Guatemala se caracterizó, en varios periodos, por acciones militares destinadas a la destrucción de grupos y comunidades, así como al desplazamiento geográfico de comunidades indígenas cuando se les consideraba posibles auxiliares de la guerrilla. En el periodo más violento del conflicto armado (1978-1983), bajo las presidencias de los generales Romeo Lucas García (1978-1982) y Efraín Ríos Montt (1982-1983), los operativos militares se concentraron en Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango, Alta y Baja Verapaz, Costa Sur y la ciudad de Guatemala. Fuente: Organización de los Estados Americanos, "Capítulo xi. Los derechos de los pueblos indígenas", en *Quinto informe sobre la situación de los derechos humanos en Guatemala* [en línea]. 6 de abril, 2001. <<http://www.cidh.oas.org/countryrep/Guatemala01sp/indice.htm>>. [Consulta: 13 de noviembre, 2012.]

ahí se encontraban, me di cuenta de que él formaba parte del comité del sindicato. Me presentó e inmediatamente después me preguntó si quería unirme a su causa. Sin dudarlo, acepté. El objetivo de la reunión era incrementar el número de miembros, al igual que realizar marchas en contra de la explotación de todos los trabajadores y exigir al gobierno el aumento de salarios, frenar la ola de violencia, suspender el despojo de nuestras tierras y denunciar los crímenes cometidos. Nos manifestábamos muy frecuentemente.

Yo ya había empezado a involucrarme en el movimiento en contra de los malos tratos. No quería aguantar más, ni que mi gente lo hiciera. Además, mi carácter me lo exigía. En el municipio de San Martín se llamó a una reunión. El comité organizador empezó a nombrar a todos los representantes de las comunidades cercanas y de algunas regiones del país. Los cuatro representantes principales eran obreros y estudiantes de la ciudad de Guatemala. El objetivo de la reunión era congregarnos como unidad sindical para exigir al gobierno libertad de expresión, hacer una marcha y tomar la carretera nacional. Un mes después se realizó una reunión en la cual se me nombró tesorero. Mi responsabilidad era dar aviso a todas las personas de la zona para lograr su participación y recaudar fondos para la compra de mantas y pancartas. Así dieron inicio una serie de marchas, en las cuales afortunadamente la policía no intervino; pero, si bien estas marchas eran una muestra de algunos logros, ni las masacres ni los secuestros cesaban.

Por la radio sabía de la existencia de la guerrilla que se había formado en el año de 1963, principalmente por un grupo de ex

militares que no estaban de acuerdo con las políticas del gobierno ni con la intervención del gobierno de los Estados Unidos. La gente a la que se le había despojado de sus tierras empezó a unirse al grupo y así se fue creando un clima de terror en Guatemala por las manifestaciones que realizaban estos grupos. Mi papá me comentó que estos guerrilleros luchaban por los pobres, que les llamaban el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres). Me sugirió: “ten cuidado cuando estés trabajando en alguna finca ya que los guerrilleros entran en ellas para dar su discurso a los trabajadores y te pueden meter en problemas”. Una gran tristeza me sobrecogió.

En las noticias de la radio escuché que la embajada de España en Guatemala había sido tomada por campesinos; el Ejército llegó y quemó viva a la gente que se encontraba en la embajada, eran como treinta. Este tipo de represiones era común, así mantenían a la gente atemorizada.

Tiempo después, se encontró al encargado del comité del sindicato acribillado y masacrado junto con ochenta familias indígenas. La situación fue empeorando. No se podía salir libremente a la calle, especialmente la gente indígena vivíamos con el temor de que nos mataran. Cansados, desesperados y listos para cualquier cosa, unos compañeros y yo nos reunimos para discutir extremas posibilidades de lucha o bien ya levantarnos en armas. No era cualquier cosa, teníamos que planearlo cuidadosamente; decidimos darnos unos días para pensarlo y entonces tomar una decisión. A la salida de la junta, un compañero me pidió que no dijera nada y me llevó a la montaña. Ahí me confesó que a algunos del comité ya los andaban siguiendo y

que no importaba lo que hiciéramos, ya no lograríamos nada. Me ofreció que nos fuéramos a luchar a la montaña. Acepté.

MI VIDA DE COMBATIENTE

Me reuní en el lugar indicado. Éramos seis personas y ahí abordamos una camioneta que nos llevó a Malacatán, cerca del volcán de Tajumulco. Tras llegar al pueblo caminamos por un largo rato hacia la montaña. Una vez en el campamento tuve mi primer encuentro con un oficial; el comandante Sergio, a quien después serví por varios meses. El comandante Sergio se dirigió a mí y me ordenó cambiarme el nombre. Me puse el seudónimo de Noé. El responsable de abasto me dio una camisa y un pantalón verdes, una cobija y una chamarra. Al día siguiente empezamos el entrenamiento militar.

Me dieron mi primer arma, una escopeta calibre 12 para hacer posta a una distancia de 200 metros del campamento, donde se encontraba una alarma para cuando apareciera el ejército. Después de las maniobras y de la comida se impartían cursos de alfabetización. Junto con las clases se daban charlas políticas y por la noche se trabajaba en reuniones con las familias indígenas para platicar sobre el avance de la lucha. Un compa con rango superior al mío me presentó con las familias porque iba a trabajar con ellas. Inmediatamente sentí cuánto simpatizaba la gente con la lucha guerrillera.

El comandante Aníbal me integró a un grupo de compañeros para aprender cómo activar minas. En poco tiempo había aprendido a activarlas y desactivarlas. Después, yo le enseñé a otros compañeros cómo colocar minas en emboscadas. Esta actividad era uno de mis fuertes.

Parte del entrenamiento lo recibí en Cuba. Nos llevaron para aprender comunicación. ¿Cómo poder olvidar esa ocasión? Nunca supe cómo yo y los compas con los que iba logramos tener papeles para viajar. Después de terminar el curso nos hicieron un pequeño festejo y luego nos dieron una constancia de estudios, junto con un boleto de avión para Costa Rica. Después de unos días ahí fuimos a Nicaragua y después volamos a México. Imagino que era un requisito para hacernos pasar como turistas y poder regresarnos a Guatemala sin levantar sospechas.

Al llegar a la Ciudad de México me detuvieron en la aduana. Dijeron que yo era guerrillero. Uno de los oficiales me llevó a un cuarto y me encerró por una hora. Desesperado y aterrorizado por no saber lo que me pasaría, lo único que se me ocurrió fue decir: “Oficial, ¿qué me va a hacer? ¡Déjeme salir! ¿Cuánto quiere?” Sin ningún inconveniente me respondió: “Noventa dólares”. Le di el dinero, me abrió la puerta y salí como si nada hubiera pasado. México me había dejado impresionado: sus sistemas de seguridad eran más estrictos, pero su gente era tan corruptible como en cualquier otro lado.

Regresé a Guatemala. Me reasignaron con el comandante Manuel. Ahí me cambiaron el seudónimo por el de Pedro y luego me asignaron a otro equipo de trabajo. Gano, Ismael y yo estábamos a cargo del uso y manejo de un aparato sofisticado de comunicación. Nuestra misión era mantener en secreto el aparato y cualquiera de los tres tenía que responder con la vida misma si era necesario. Mucha gente dependía de nosotros; yo estaba al frente de la misión. Nos separaron del grupo y nos ubicaron a tres kilómetros del campamento. Desde ahí divisaba toda la ex-

planada de Guatemala y una parte de México. Empecé a disfrutar mucho mi trabajo. Además de descifrar los mensajes del ejército guatemalteco y reportarlos a mis superiores, me entretenía mucho la forma en que el ejército mexicano recibía sus mensajes y actuaba en respuesta a ellos. ¡Aprendí tanto! En una ocasión me puse a limpiar el equipo, saqué mi navaja para raspar unos tornillos, terminé el trabajo y por descuido dejé la navaja encima de la mesa. Cuando me di cuenta de que no la tenía, le pregunté a mis compañeros si la habían visto. Los dos dijeron que no. Reporté el incidente. El comandante Manuel me regañó, pero también trató de hacerme entender que era un comportamiento normal y que así debía tomarlo. Me dolió mucho, la confianza que había depositado en ellos era simplemente una creación mía, ¿en quién podía confiar entonces? Si ellos me habían traicionado, cualquiera lo podía hacer. La guerra era sagrada para mí, para ellos no. Quería dejar todo, regresar a casa, pero me quedaba claro que no era el mejor momento para hacerlo. Mi pueblo natal estaba rodeado por el ejército. A partir de ahí dejé de disfrutar el lugar y mi trabajo. Varias veces tomé mi fusil, lo cargué y me lo puse en la sien; cobardemente, nunca me pude disparar. El comandante me reasignó de puesto y me mandó a acompañar a un grupo de apoyo a la comunidad.

Una noche, comencé con un mal presentimiento. No podía descansar a pesar de que me encontraba sumamente cansado y desvelado. Decidí no dormir y me senté a pasar la noche. Cuando finalmente me levanté, me dirigí al campito (se le llamaba así porque es un lugar de entrenamiento). Al llegar ahí, me di cuenta de que mis compañeros se encontraban limpiando sus armas.

En ese momento oímos un ruido que provenía del barranco; era una piedra grande que había rodado desde arriba y cayó en el río, cerca de nosotros. Le dije al teniente que seguro algo andaba mal, “son los soldados que se acercan tras nosotros”. Él respondió: “eso no es el ejército enemigo, son vacas del potrero”. Después de un rato me fui a mi tienda a descansar pues no tenía labores que hacer. En el momento en que empecé a quitarme el pantalón se escuchó un balazo. El ejército nos había sorprendido; había entrado por el lugar por donde nosotros ingresábamos con los víveres, el cual estaba totalmente desprotegido.

Se inició la balacera; granadas, metralletas y un sinnúmero de balas perdidas. A gatas me dirigí a donde estaba mi ropa. Con sorpresa y pánico sentí los cuerpos húmedos de algunos de mis compañeros que habían sido heridos y estaban tirados en el suelo, desangrándose. Me encontré con el cuerpo de una de mis compañeras; la sangre le salía a chorros de la cabeza. Seguí arrastrándome hasta el río donde estaba el teniente Chano con una línea de tiradores preparados para atacar. Quise disparar mi arma pero se atascó, tenía grasa. En lugar de haber limpiado mi arma me había consumido en el presentimiento que había tenido. En medio de las ráfagas vi un helicóptero y aviones que disparaban sobre nosotros. Escuché cómo desde el helicóptero transmitían nuestra ubicación. El teniente Chano también escuchó la transmisión. Sin pensarlo dos veces tomó su arma y la apuntó al radiocomunicador... el cuerpo sin vida cayó de la nave. Sin nadie que pudiera reportar nuestra ubicación y pedir más refuerzos pudimos empezar a movernos fácilmente. El ataque duró todo el día y, como muy poco podía hacer sin pistola, se me ordenó asistir a los heridos.

En la noche me mandaron al campamento, junto con otro compañero para recuperar las armas que habíamos dejado ahí durante el ataque. Los del ejército nos sorprendieron y nos empezaron a lanzar granadas. Salir de ahí, con todo el armamento y alimento que habíamos recogido, habría sido casi imposible, así que decidimos tomar sólo el alimento suficiente para los heridos.

Nos reunimos con nuestros compañeros. Sin poder ir muy lejos nos refugiarnos en otro lugar, sin alimento, con muy pocas armas y con varios heridos. Rápidamente nos rodearon y una vez más comenzaron a atacarnos. Un compañero que se sintió desesperado por la dificultad de la situación, desertó en ese momento. Me dio la impresión de que pensó que eso lo sacaría del lío en el que estábamos; tiró su fusil, lo tomé y empecé a disparar y a defendernos. Dejamos a los heridos escondidos y con todos los víveres que habíamos recogido para ellos.

Nos separamos. Sin nada, sin comida y sin agua, corrí para el monte. Lo único que encontré fueron unas moras que imagino eran venenosas porque cada vez que las intentaba comer sólo lograba vomitar. Curiosamente, cada vez que vomitaba me daba la impresión de que tenía algo en el estómago y eso aliviaba el hambre que tenía. Me alcanzaron cuatro compañeros más. Me ofrecieron dinero para que me fuera con ellos, querían dejar todo atrás, olvidarnos de todos los demás y dejarlos a su suerte. La verdad, lo que realmente querían de mí era que yo les cubriera la retaguardia. No lo iba a hacer, dejar a mi grupo jamás fue una opción, pero los convencí de que de ninguna forma era seguro retirarnos de ahí y que más valía que nos fuéramos moviendo lentamente.

Pasó un día y poco a poco nos fuimos acercando a la carretera por donde otros de mis compas sacaban a los heridos en camionetas. Nos trasladamos a la ciudad de Guatemala. Diez de mis compañeros pidieron permiso para retirarse y dejar de combatir con nosotros. Al llegar se me notificó que teníamos que movilizarnos inmediatamente y que debíamos ir a combatir al ejército en una población cercana. También me dijeron que asumiera la posición del comandante Aníbal, ya que éste estaba reportado como desaparecido. Debía acabar con cualquier infiltración enemiga. Fui, cumplí mi misión. Regresó el comandante Aníbal.

Me dieron licencia para ir a ver a mi familia. A mi madre no le gustó que yo estuviera metido en la guerrilla y menos a mi esposa. Tuve la impresión de que lo que no me habían hecho durante el tiempo que había pasado con la guerrilla, mi esposa me lo iba a hacer mientras me gritaba, lloraba y me maldecía. Después de que se cansaron de decirme todo lo que se les vino a la mente me comentaron que unas personas que se veían muy raras habían ido a buscarme. Eso, el hecho de que ninguno de mis hermanos estuviera en casa (en realidad no había ningún hombre en casa) y que en varias pilas estaban las cosechas de maíz, café y otros comestibles para uso de la familia, como si estuvieran esperando muy malos tiempos, me pareció muy extraño y me puso a pensar si mis ideales eran lo mejor para mi familia.

Me despedí de las mujeres. Ya afuera de la casa me encontró uno de mis hermanos y me dijo que nos fuéramos a donde me estaban esperando. Para llegar a ese lugar tuvimos que pasar por grandes cafetales. Entre las matas se encontraba una letrina y al lado de ésta había una tabla. Era una escalera que conducía

a un túnel. Todos mis compañeros estaban ahí. Anonadado, me senté al lado de ellos. Me saludaron y uno comenzó a decirme de las actividades que habían realizado en la aldea, cómo habían recuperado algunas armas. Al escuchar esto me di cuenta de que en la aldea la mayoría de los habitantes eran guerrilleros y que el túnel había sido construido para que cuando el ejército llegara, todos tuvieran la oportunidad de esconderse a tiempo. ¡Qué extraña sensación! No sabía nada de lo que los otros hacían y ellos tampoco de mí.

En el agrupamiento donde me encontraba, se me asignó apoyar a una compa que tendría entre doce o trece años de edad. Le enseñé y la acompañé lo más que pude. Ella siempre temblaba de miedo. Para tranquilizarla le decía: “Cuentas con un arma y sabes cómo usarla. Además, en caso de que los enemigos se encuentren cerca, jalas este cable que está conectado a una mina Claymore... hará explosión y nos dará tiempo para contraatacar y alertar a los demás compas para que vengan en nuestro auxilio”.

Llegó el día en que mi compa ya estaba bien entrenada. El miedo jamás se lo iba a quitar ni todo lo que yo le dijera, ni el arma más poderosa. A mí, a ella y a otro compañero nos asignaron ir a sondear la zona. Nos dieron un radio y nos pidieron reportar la posición del ejército y, sobre eso, pedir refuerzos. El pueblo donde lo encontramos había sido incendiado. Sólo quedaba uno que otro soldado rezagado por la avaricia del saqueo. Seguían buscando entre las cenizas cualquier cosa que tuviera algún valor para llevársela. Nos notaron y comenzaron a atacarnos. Pedí asistencia por radio. En cuanto llegó el refuerzo el intercambio de balas se puso muy cerrado. Entre la confusión y la gran cantidad

de compas que llegaron, perdí de vista a mi compañera. Quería ir a buscarla, sabía que el miedo la podía traicionar. Cuando la encontré, me di cuenta de que ella había dejado de disparar desde hacía un buen rato. Me consoló pensar que ella era de ese pueblo y que ya descansaría de ese miedo que tanto la atormentaba.

Después de un rato todo se volvió calma. Para sentirnos seguros decidimos plantar minas cerca de donde estábamos acampando. Yo, el experto en eso, no las planté. Yo ya daba órdenes y así lo hice. Yo y otros compañeros de alto mando ordenamos a los más nuevos realizar la labor. Seguro estoy de que ellos, al igual que todos nosotros, deseaban salir del lugar lo antes posible y no pensaban en nada más.

Pasadas las ocho de la mañana llegó mi compañero a relevarme de mi guardia. En lugar de dirigirme al campamento a descansar, decidí ir a ubicar dónde se encontraba el ejército enemigo...

DESPUÉS DE LA MINA, EL CAMINO A MÉXICO

Julián era como el doctor del grupo, además de ser el chofer del carro que transportaba a los heridos en la Ciudad de México. Ahí los dejaba en las casas de seguridad o en las casas de quienes simpatizaban con la causa.⁷ Había muchos mexicanos que ayudaban a la causa, estaban los intelectuales, los profesionistas, entre ellos doctores que venían muy bien cuando necesitábamos ser atendidos y no podíamos ser llevados a hospitales, ni privados ni públicos, por razones de seguridad. El día que conocí a Julián estaba de guardia en la frontera de Guatemala con México. Nos encontró en un lugar previamente arreglado por mis compas y nos llevó a Tapachula, Chiapas, a la casa de Gladis, una guatemalteca que ayudaba a la causa desde México: recibía heridos en su casa y luego a través de una red de contactos mandaba los casos muy graves a la Ciudad de México. Recuerdo que su voz era muy cálida y siempre estaba de buen humor. Ella me dijo: “Te voy a sentar en la cama, quiero explicarte una cosa. Ahora te voy a preparar una medicina especial para que se te salgan los gusanos, porque veo muy graves tus heridas y después llamaré a un doctor. Tú necesitas que te operen y yo no puedo hacerlo”. En ese momento pensé que de ahí en adelante

⁷ En las casas de seguridad ponían a todos aquellos que necesitaban esconderse o ser atendidos médicamente. En la Ciudad de México había tres casas. En realidad, en la que yo estaba era una casa de atención a enfermos.

mi vida sería muy difícil; sin los dos brazos tendría que depender de alguien. Me embargó una tristeza muy grande. Gladis me ayudó mucho para que no me sintiera como inválido, solamente me trataba como un enfermo. Ella estaba satisfecha, los gusanos empezaban a dejar mi cuerpo. Salió corriendo en busca de su amigo, un doctor que cuando podía y no estaba en el hospital local curaba a los heridos que Gladis le pedía que atendiera. Al momento de verme, exclamó: “¡Gladis, hay que operar ahora mismo!”

Cuando salí de la operación y comencé a recuperarme, le platiqué a Gladis que durante la intervención me había sentido como un barrilete que subía y bajaba, iba y venía.⁸ Ella me comentó que el doctor no tenía suficiente anestesia y que cada media hora tenía que inyectarme, a medida que él creía que lo iba necesitando, y que por eso iba y venía.

A pesar de la operación, yo seguía muy grave. Además, la depresión iba en aumento; sin un ojo y con el otro quemado, había perdido totalmente la vista. Tenía la mitad de la cara quemada, de la barbilla hasta el ojo derecho; estoy seguro de que parecía un monstruo; no me lo decían, pero sentía la impresión de la gente al verme.

Gladis arregló mi traslado a la Ciudad de México. Mientras decidían qué hacer conmigo y dónde ponerme, me llevaron a la casa de una mexicana colaboradora. Esta mujer se ofreció a llevarme al hospital. A pesar de lo mal que me sentía, tuve que rechazar su oferta ya que, como regla, no podemos hacer lo que se nos ocurra,

⁸ En Guatemala, se les dice *barriletes* a los globos.

sino que debemos hacer lo que los altos mandos ordenen. Me llevaron a una casa de seguridad que hospedaba a los heridos más graves. Ahí los curaban, alimentaban y cuidaban, para luego devolverlos a la guerrilla si quedaban en condiciones para hacerlo; de lo contrario, los protegían mientras les arreglaban algún tipo de estabilidad social y financiera. Los que estaban en las casas de seguridad no podían salir, ni asomarse por las ventanas. Dependían totalmente del encargado o encargada, quien hacía las compras, rentaba películas, compraba periódicos. Esa persona era los ojos y oídos de los residentes de las casas, si había que trasladar a alguien se hacía en las noches.

Sandra era mestiza de “raza ladina”. Estaba al frente de las casas, administraba los fondos destinados para nuestra atención. Se hacía llamar doctora, pero extrañamente, cada vez que había una emergencia, ella era la primera que empezaba a pedir auxilio. Me cuentan mis compañeros que físicamente no era muy agraciada, pero se comportaba como si hubiera sido modelo.

Cuando llegué a la casa yo era el único indígena. Qué mala suerte para mí. Sandra me ignoraba por completo. Ella tenía dinero para asegurar mis gastos médicos, pero jamás me llevó a una clínica, jamás cambió mis sábanas; qué decir de lavar mi ropa, a veces ni siquiera me daba de comer. Por fortuna, el comandante Sergio y su esposa tuvieron algo que hacer en México y aprovecharon para pasar a vernos a todos los combatientes heridos. Sergio fue la primera persona a quien serví cuando me uní a la guerrilla. Cuando vieron la situación en la que me encontraba llamaron a Sandra. Le llamaron la atención porque ya habían pasado algunos meses y yo estaba empeorando. Tenía una esquirila

enterrada en el brazo y había que sacarla lo antes posible; aparte del dolor, la infección no se veía nada bien. Sandra entonces empezó a hacer los preparativos para que primero me atendieran en una clínica privada, para que me sacaran los restos de la mina, y luego llevarme a un hospital y así evitar una serie de preguntas que nadie quería ni debía contestar. Cuando llegué al hospital, estaba a punto de perder los tres dedos que me quedaban. Era muy frustrante tener que depender tanto de Sandra, de lo que quisiera o pudiera darme. No sólo estaba mi vida en riesgo, sino que hasta los detalles mínimos eran difíciles de tratar con ella. Uno de mis compañeros llegó a visitarme y a cuidarme, le tuve confianza y le pedí que me comprara un par de trusas, pues me sentía incómodo, como si trajera falda sin calzones.

Me operaron la mano derecha primero y luego la mano izquierda. Mi recuperación era satisfactoria. Sandra inventó que me había explotado un tanque de gas en Guatemala. También les decía que yo era un indígena guatemalteco, pero no se lo creían, pensaban que era japonés por los ojos medio rasgados que tenía. Le comenté a Sandra que el interrogatorio al que me sometían, tanto los doctores como en especial las enfermeras, era muy intenso y que en cualquier momento me descubrirían. De inmediato ordenó que me sacaran de ahí. Durante un rato me quedé solo en el cuarto y empecé a inspeccionar mi cuerpo. Me toqué el brazo derecho y me di cuenta de que los tres dedos que me quedaban estaban pegados. Entendí por qué no podía comer solo ni agarrar nada. Estuve pensando en mis compañeros, que seguían luchando por Guatemala. Pensé que si no me hubiera metido en esto, tal vez estaría en mi casa con mi familia,

o tal vez muerto por el ejército en el intento de salvar nuestras tierras. Me entristecía pensar que Sandra y los otros encargados de las casas, siendo guatemaltecos, no estaban conmigo cuando los necesitaba. Así fue pasando el tiempo y me iba desesperando cada vez más por la situación que vivía. La respuesta que le daba a todas mis preguntas siempre era la misma, yo había dado un granito de arena a mi pueblo y esperaba que con esta lucha, el día de mañana, surgiera un cambio en mi país y se acabara con las injusticias.

Sandra siguió sin atenderme. Tal vez, y sin quererlo, ella me hizo más fuerte y mucho más creativo. Cansado de usar siempre los mismos pantalones sucios, decidí usar los pies para lavar mi ropa. La primera vez creo que no los lavé bien, pero a medida que fui practicando más y más, empecé a usar ropa limpia. El comandante Sergio se volvió el terror de Sandra. No dejó de reclamarle el maltrato; hubo varios pleitos y gritos sobre esta situación. Seguro estoy de que Sandra, cansada de todo eso, arregló mi viaje a Cuba, argumentando que allá podrían darme una mejor atención médica. Arreglaron todos mi papeles y, junto con dos médicos mexicanos, me subieron a un avión y llegué a La Habana. Inmediatamente fui trasladado al hospital. Lo único que me salió de la boca fue, mostrando la mano: “Tengo el meñique, el pulgar y el medio pegados, doctor, por favor despegue el medio y hágalo funcionar como pulgar, de tal manera que pueda usar los dedos como una pinza”. El doctor exclamó: “¡Chico, ¿tú qué crees?! ¡¿Crees que es fácil hacer esas operaciones?! Pero a pesar de eso, me parece una buena idea”. Le respondí: “Doctor, no quiero que me sigan dando de comer en la boca”. La operación fue

difícil; afortunadamente, todo salió bien. Tardé mucho tiempo en recuperación, ya que los huesos no soldaban. Estéticamente no es bella, pero funcionalmente es tan buena como si tuviera los cinco dedos.

Durante mi recuperación, estaba a mi lado una jovencita que había sido operada de la vista; su hermana la cuidaba. Ella empezó a tener interés en mí, a tal grado que me pidió que al salir me fuera a vivir con ella, una oferta que me pareció muy tentadora y que me ilusionaba como hombre y ser humano. Desafortunadamente, dos sucesos me hicieron replantear mi nueva posibilidad, una llamada telefónica de alguien de Honduras, en la cual me amenazó con “sacarme de emergencia del hospital”, pues tenían todos mis datos, sabían exactamente quién era yo, cuándo me había explotado la mina, el brazo que había perdido y los dedos que me faltaban. Además, me dijo la voz: “Tú no debes estar ahí”. Me pareció una amenaza de secuestro, la reporté a la seguridad del hospital y por dos días me tuvieron bajo vigilancia. A la fecha, no entiendo quién pudo haber sido. La otra razón era que me decía que yo era guerrillero y tenía que regresar a mi país. Al menos eso era lo que yo pensaba en ese momento, que regresaría y seguiría la lucha. También lo deseaba de todo corazón. Mi situación real no era evidente para mí, no había podido medir el grado de discapacidad que tenía. Con mucho dolor, la patojita y yo nos despedimos.

De ahí me llevaron a una casa de seguridad donde sólo había mujeres, compañeras que también se estaban recuperando de lesiones de guerra y otras que se preparaban para regresar a Guatemala como enfermeras. Mis compañeras salían y me deja-

ban solo casi todo el día. Me estaba volviendo loco, el dolor de mi realidad era insoportable. ¿Qué iba a hacer? ¿Quién me cuidaría? ¿Quién estaría conmigo de ahora en adelante? Mi familia... ¿estarían vivos? ¿Mi hija? ¿Quién verá por ella? ¿Mi ceguera? ¿Mi imposibilidad física? Estaba muy mal emocionalmente.

Sandra era la encargada de las casas de seguridad en México, Yalí era la responsable en Nicaragua y Lucrecia era la responsable de las casas en Cuba, a esta última no recuerdo haberla conocido, jamás estaba presente. Christina era la que llevaba al doctor y a las enfermas. Sabía de ella, pero no la conocía. Para mi sorpresa, un día llegaron Yalí, Christina y Sandra a visitarme. Creo que Sandra estaba muy preocupada, ya que yo era un caso real de su negligencia y ella sabía que si no me prestaba atención, podía perder sus beneficios. Por eso andaba tan preocupada por mí.

Christina no era como las otras mujeres, en realidad deseaba ayudarme. Me llevó a otra casa de seguridad donde me presentó con el encargado, quien sí era un doctor y lo primero que me dijo fue: “Pedro, te voy a llevar al hospital donde trabajo y te vamos a reconstruir la cara. Verás que en un día sales y vas a quedar muy bien”. Sentí envidia de cómo él trataba a los compas que tenía a su cargo. Nadie me había tratado con tanta atención y enseguida pensé: “Ojalá que todos los encargados fueran así. Ése debería ser el trato”. En fin, me llevó al hospital y me operó. ¡Quedé más guapo que antes! Seguramente, me hicieran lo que me hicieran, quedaría no sólo mejor que como había nacido, sino que, después de las quemaduras, cualquier cambio haría la diferencia. Esto me subió la moral.

EL COMPLIT

En cierta ocasión, Rosario, una compa, y Christina llegaron a visitarme. Christina dijo que no estaba de acuerdo con el trato que recibíamos los lisiados en Cuba (había más de veinte), que no se les daba el apoyo necesario para que salieran adelante con su impedimento y que, además, a las personas que, como ellas, asistían a los discapacitados, no les daban los fondos necesarios, ni recibían el dinero que les correspondía. Me preguntaron si las podía apoyar y pidieron mi opinión. Probablemente ellas pensaron que yo, además de ser una muestra viviente de los malos manejos de Sandra y su discriminación hacia los indígenas, tenía el respaldo del comandante Sergio, aunque también es cierto que siempre he podido expresar mis ideas sin mucha dificultad.

Medité sobre lo que me decían. Planeamos mandar un oficio al comandante en jefe de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), Gaspar Ilom, pero tendría que ser bajo la condición de que ni Lucrecia, ni Sandra, ni Yalí se enteraran de que existía tal documento. Ellas aceptaron. Christina entregó el documento. Llegó a manos del comandante en jefe y éste les llamó la atención. En respuesta, Lucrecia, Sandra y Yalí inventaron que nosotros queríamos asesinarlas con una bomba y que todo lo que habíamos declarado en el oficio era un complot. Nunca tuvimos esa intención, pero seguro lo sintieron como si les hubiera explotado una bomba de verdad. Inmediatamente nos sacaron a todos de Cuba, nos separaron y nos mandaron a diferentes partes del mundo: unos a Rumania, otros a Nicaragua, otros a Bulgaria o

a cualquier otro lugar donde hubiera habido casas de seguridad. A mí y a otro compañero nos tocó Nicaragua.

Ahí llegamos a una casa de seguridad que estaba bajo los cuidados de Roberto. Las casas de seguridad siempre tienen a un residente responsable en caso de alguna emergencia. Cuando entramos a la casa, Roberto nos comentó que el chisme era tal que nos temían a todos los que habíamos sido expulsados de Cuba; es más, habían mandado esconder las armas para que no las viéramos. Seguro pensaban que éramos traidores, terroristas y tal vez espías.

A los pocos días de que yo había llegado, a Roberto lo mandaron de regreso a Guatemala. Él no quería volver, me decía que el ejército ya lo había atrapado tres veces y lo habían torturado mucho. Él suplicaba que no lo regresaran. Yalí, Sandra y Lucrecia tuvieron que ver con su regreso. ¿Cuáles fueron sus razones? No tengo la menor explicación. ¿En qué les estorbaba? ¿Qué les sabía? Después supe que cuando Roberto llegó, lo atraparon y lo mataron. A Christina también la mandaron a Nicaragua, nadie se salvaba. Sandra no soportaba su buena actitud para con los compañeros. Nicaragua se había vuelto el lugar de castigo para los que Sandra no quería a su alrededor. Christina no tuvo más remedio que pedir asilo político a El Salvador. Nunca más supimos de ella, es muy probable que la hayan desaparecido.

Rosario, a quien también habían mandado a Nicaragua, me encontró y me dijo que había una escuela para ciegos. Mi más grande deseo era aprender a leer con el sistema braille. Carlos Fonseca Amador era una escuela que hospedaba a los alumnos que llegaban de otras regiones. Me inscribí, me aceptaron

y ahí viví por más de tres años. En la escuela empecé a tener problemas con mis compañeros porque yo era guatemalteco y siempre se referían a mí como “ese guatemalteco”. Había un hombre a quien le decían Polo, en especial él jamás me soportó y siempre me molestó: me pegaba, me pateaba, me daba de puñetazos en las costillas. Mucha de su reacción era porque yo era muy hábil con los tres dedos. Teníamos una clase de enjuncar sillas y yo usaba hasta los dientes y hacía buen trabajo. Ante Polo, yo siempre fui el ejemplo a seguir según los maestros, y eso lo tenía muy harto. Yo, por mi parte, tenía que aguantar sus golpes e insultos por no tener a dónde ir.

Ahí aprendí a valerme por mí mismo. En las tardes salía a caminar y se me pegaba Calixto. Tendría 19 años. Estaba en la escuela porque era ciego, pero él siempre me hablaba de la chicas que pasaban. Yo le decía: “¿Pues no que eres ciego?”, a lo que él respondía con una risa un poco maliciosa. Creo que él era dudosamente ciego. Un día, Calixto me llevó a un cuarto para enseñarme algo que había descubierto, había un ataúd. Me lo describió, lo abrió y se metió en él, me dijo: “Mira, es de mi tamaño”, yo le dije: “Salte de ahí, es de mala suerte”. Él sólo estaba como niño jugando con juguete nuevo. El ataúd estaba ahí porque la abuela de la directora estaba muy enferma y ésta se había preparado para la muerte inminente. Al poco tiempo, Calixto y yo fuimos a caminar como siempre. Él se echó a correr, a la mitad de la calle se detuvo y en ese momento una camioneta nos atropelló. Yo volé a la parte del parabrisas y lo rompí, al igual que me rompí todos los dientes, y encima se me fracturó la clavícula. ¡Qué mala suerte! ¡Lo que me faltaba! Cuando estuve consciente, pregunté

por Calixto. “Está enyesado en la otra sala”, me decían. Cuando me sacaron del hospital, la maestra que fue por mí me confesó que Calixto había muerto en el sitio del accidente. La directora le donó el ataúd.

Para mí, Rosario era como mi madre. Pasaba por mí para llevarme a las terapias, me bañaba, me cambiaba, me curaba... Tal vez yo era algo más para ella, nunca quise saberlo, yo la prefería así, como madre. Ella necesitaba de una compañía y muy probablemente mi ceguera no la invadía. Era tal su necesidad de sentirse como cualquier otro ser humano que una vez se desnudó ante mí para enseñarme los pechos deshechos por el cáncer; aunque los hubiera visto, ella hubiera seguido siendo uno de los seres más bellos para mí. Se lo dije. En el carro de camino a las terapias yo lloraba y me quejaba por mi estado físico y por la muerte de Calixto. Rosario trataba de consolarme diciendo: “Pedro, tú tienes que regresar a tu pueblo, tu familia te está esperando, tienes mucho que hacer por ellos y por la causa por la cual estás así. Yo me voy a morir antes que tú y no puedo hacer más nada”. Y así fue: algunos meses después murió.

En Nicaragua hubo elecciones y Violeta Chamorro ganó la presidencia. Por miedo a sus tendencias políticas, me sacaron de ahí y me mandaron a México. Mientras arreglaban mi transporte, me pusieron en una casa de seguridad con unos compas guatemaltecos. Me queda un buen recuerdo de esos dos o tres días que pasé con ellos. Lucrecia llegó a Nicaragua a visitarme, entró al baño y le cayó una iguana en la espalda, empezó a gritar como si le hubieran cortado un brazo. El griterío duró un buen rato, todos mis compas me felicitaron y me dijeron: “Vaya, alguien tenía que

hacérsela pagar, te has vengado bien”. Así lo dejé y los hice creer que todo había sido obra del guatemalteco vengador. De haberlo podido pensar y planear ¡le hubiera metido un oso! Volé a México con el Tío Cruz, quien era el fundador de la ORPA. Hicimos escala en Guatemala. Estuve a punto de bajarme y quedarme ahí e ir en busca de mi familia. Tenía gran nostalgia. El Tío me detuvo y me calmó diciendo: “No te preocupes, ahora no es lo mejor, algún día tendrás que hacerlo, pero las condiciones serán diferentes”. No sentía consuelo. ¿De qué condiciones hablaba? ¿Qué condiciones iban a ser mejores, las mías, las de mi país? No podía creerle, yo le había pedido a todos los dirigentes que me ayudaran a encontrar a mi familia y nadie había hecho nada. Además, ya era más fuerte, podía cuidarme por mí mismo, no quería estar con mi familia por necesidad, sino porque quería su compañía. No me detuvieron sus palabras, sino el jalón que me dio.

Llegamos a México, donde nos recibió Julián. Al Tío lo llevamos a una casa y a mí a otra. Ahí se encontraba Daniel, quien además de ser indígena y hablar cakchiquel, también era compañero de lucha. Daniel se encontraba muy grave, se quejaba mucho en las noches y Sandra nunca le prestó atención. Daniel cruzó la frontera a pie, ya en territorio mexicano unos bandidos lo asaltaron y lo golpearon hasta dejarlo casi muerto. Los compas guatemaltecos lo trajeron de emergencia a la Ciudad de México y lo hospedaron en la casa de seguridad para que fuera atendido inmediatamente, pero como para Sandra los indígenas no tenían importancia lo dejó sin atención. El responsable de la casa era Ito. Él estudiaba medicina en México. Yo le pedí que hiciera algo por Daniel. Ito respondió que si Sandra no lo autorizaba y daba dinero, no podía

hacer mucho. Le sugerí que hablara con sus compañeros médicos de la escuela o del hospital y les pidiera ayudar a Daniel ya que estaba al borde de la muerte. Sin decirle nada a Sandra, Ito llegó esa misma noche con una doctora. Inmediatamente le dieron un calmante y le abrieron las costillas. Lo que dicen que salió de ese cuerpo fue una fuente de pura sanguaza. ¡Qué olor! ¡Qué chorro! Daniel se salvó.

EL TRATADO DE PAZ

Sin avisar, Gaspar Ilom llegó a visitar la casa de seguridad. Inmediatamente, a los quince que vivíamos ahí nos mandaron salir de nuestros cuartos para ir a saludar y escuchar lo que nos quería decir. Gaspar primero nos felicitó por nuestra entrega en la lucha revolucionaria, luego nos notificó que nuestras fuerzas guerrilleras habían tomado la cabecera de Escuintla, donde se había llevado a cabo un mitin político, se distribuyó propaganda a toda la gente y se dio a conocer el avance de la negociación con el Gobierno y el Ejército. Dicho mensaje había sido tomado con mucha simpatía por los habitantes del pueblo. Durante la sesión, Gaspar se dirigió al compañero Jeremías, lo felicitó y ahí mismo lo promovió de grado. Gaspar continuó diciendo: “Quiero pedir a los responsables de ésta y las otras unidades de enfermos poner más atención y comprensión a las necesidades de los compañeros heridos. Sólo así lograremos su buena recuperación y podrán regresar con más ganas de luchar contra las injusticias”. Luego Gaspar cerró la reunión comentando que en otra ocasión vendría con más tiempo, para profundizar en los temas de la organización.

Tiempo después, como lo había prometido, Gaspar Ilom regresó a la casa, esta vez para darnos otro tipo de noticia: la guerra estaba a punto de finalizar, el Tratado de Paz se firmaría muy pronto. Unos estábamos en desacuerdo acerca de cómo iba a terminar toda nuestra lucha, otros estaban felices de poder regresar a casa; había a quienes les preocupaba regresar a casa y no encontrar a sus familias. ¿Qué pasaría entonces? Gaspar dijo que nos apoyarían con dinero o casas para poder rehacer nuestras

vidas. Ahí terminó la visita. Pienso que ni Gaspar mismo sabía qué iba a pasar realmente.

Un día llegó Sandra con dos colaboradores, un estadounidense y un inglés que querían nuestros testimonios. Durante el mío hablé de las injusticias y de las razones de la lucha. Al término de mi testimonio los colaboradores sacaron de sus bolsillos algunos dólares para dármelos. Yo no supe de eso pero cuando ellos se fueron los compañeros que hablaban cakchiquel me dijeron que Sandra, cuando vio el dinero, con una seña les dijo que no me lo dieran, y después les dijo que tenían que dárselo a ella como la responsable de todos nosotros. A mí no me tocó nada de ese dinero. Por esos días el comandante Everardo, uno de los altos mandos, fue a visitarnos. Nos dio las gracias y trató de consolarnos diciendo que nuestra participación en la lucha había sido significativa y era parte del cambio. Nos comentó que regresaba a la guerrilla y nos mencionó la fecha. En la casa, entre nosotros, su regreso no era secreto y tal vez lo comentamos con los colaboradores que Sandra llevaba a la casa, porque por alguna razón, cuando el comandante Everardo cruzó la frontera ya lo estaban esperando y lo acribillaron. Concluyo que había colaboradores que eran espías; cada vez que nos enterábamos de algo en la casa el ejército también lo sabía.

El 18 de septiembre de 1996 tuvimos una reunión en la Comisión de Derechos Humanos con la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) para celebrar el último aniversario de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas. Gaspar Ilom presidió y organizó la reunión durante la cual habló de la conclusión de la guerra y la firma de la paz programada para el

29 de diciembre del mismo año. Agregó que él tenía un desafío: integrar un partido político con el cual ayudaría más a la gente para organizarse y seguir luchando por el cambio que ya se había iniciado hacía más de treinta años. Gaspar salió corriendo de la reunión; él sabía que muchos de nosotros no estábamos de acuerdo en la manera como se estaba terminando la lucha por la que todos estuvimos dispuestos a dar nuestras vidas y ahora no estábamos seguros si los Acuerdos de Paz se iban realmente a cumplir en Guatemala. Era tal la frustración que las lágrimas se nos rodaron a varios compañeros y a mí.

El 20 de octubre en Guatemala un comando guerrillero de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas trató de secuestrar a una empresaria millonaria. La inteligencia del ejército descubrió el plan y, en el momento de tratar de realizar el secuestro, el ejército ya los estaba esperando. Se desató una balacera y ahí quedó el comandante Isaías, quien era el brazo derecho de Ilom. No se mencionó el hecho sino hasta ocho días después, cuando Gaspar Ilom publicó un comunicado de prensa desligándose de Isaías, a quien lo mencionaba como un ex comandante de la guerrilla. El dato no era cierto; Isaías era parte de algunas negociaciones que se estaban llevando a cabo, nunca había dejado de estar con la organización. Este hecho nos hizo perder la confianza en la lucha, los organizadores y el sistema.

Me ofrecieron desmovilizarme, no acepté. Renuncié como combatiente de la guerrilla. Estaba desilusionado, molesto. Además, pensé que el fin de la lucha y la firma de la paz estaban muy cerca. Yo ya no podía regresar a luchar y tampoco tenía nada que hacer en Guatemala; ya tomaba clases de inglés y computación,

quería seguir estudiando y me sentía muy cómodo con lo que iba logrando. Entonces me dijeron: “Ya no te vamos a ayudar en nada y tienes que dejar la casa de seguridad”.



Rodrigo y Rosita en Guatemala. Ella siempre estuvo al pendiente de él y lo albergó en su casa cuando iba a visitarlos.

CHIAPAS

Cristóbal, el esposo de Sandra, pasó por mí y me llevó a presentar con Magdalena Cholotía, una compañera que me ayudaría a arreglar mis papeles en México, además de conseguirme trabajo en Motozintla, Chiapas, en una oficina para refugiados. Me dieron un plazo para salir de la casa de seguridad e irme a Chiapas. Le pedí a Cristóbal que no me fueran a olvidar como lo habían hecho con los otros compañeros. Muy enojado, con una palmada en el hombro, respondió: “¿Cómo cree? Eso jamás le ha sucedido a nadie”. Nunca he dejado de preguntarme si Cristóbal sabía lo que su mujer hacía con nosotros y nuestros fondos y de las casas que decían se había comprado en Veracruz. Cristóbal me presentó con Magdalena para que me ayudara a hacer mis documentos y me legalizara en México. Ella me ayudó a conseguir un documento de Naciones

Unidas que me amparaba mientras mis documentos estaban en trámite.⁹ Me dio un poco de dinero y me dijo que el ACNUR me daría doscientos cincuenta pesos cada mes para gastos personales, que ella los cobraría y me los guardaría para ir haciendo un fondo.

En Chiapas empecé a impartir pláticas de política, contestar el teléfono y orientar a los refugiados que llegaban. Muchos de ellos se sorprendían al verme, ya que me habían conocido antes del accidente y me daban por muerto. Muchos me felicitaban por seguir al pie del cañón, me hacían sentir bien y útil. A finales de diciembre de 1994, y después de varios meses de trabajo, me sentí con la fuerza para empezar a hacer una vida por mí mismo, además de pensar en asegurarme el futuro, por lo que decidí presentar al alto mando una propuesta personal que me brindara estabilidad: “Necesito que me apoyen con dinero para pagar un cuarto e ir amueblándolo, quiero buscar una pareja y formar un hogar. Además, si llegaran compañeros de otras comunidades,

⁹ Las solicitudes de asilo se analizan a la luz de la Convención de 1951, que contiene no sólo cláusulas de inclusión, sino también de exclusión, en las que se establece que no se reconocerá como refugiada a persona alguna sobre la cual existan motivos fundados para considerar: *a)* que ha cometido un delito contra la paz, un delito de guerra o un delito contra la humanidad que esté definido en los instrumentos internacionales elaborados para adoptar disposiciones respecto de tales delitos; *b)* que ha cometido un delito común grave fuera del país de refugio, antes de ser admitida en él como refugiada, y *c)* que se ha hecho culpable de actos contrarios a las finalidades y a los principios de las Naciones Unidas. Los ex combatientes no deben considerarse forzosamente excluidos; por ello, se realizan análisis individuales con los que se determina si la persona es excluyente o no, conforme al artículo 1F de la Convención de 1951, y se estudian, además, cuestiones de responsabilidad personal y proporcionalidad.

podrían quedarse temporalmente conmigo y a su vez aprovecharía para guiarlos en lo que necesitaran”. La propuesta fue inmediatamente aprobada.

Casi enseguida encontré algo pequeño. No tenía más que una cama: eso me bastaba, ya que mientras compraba una estufa comía con doña Faustina, que me cobraba doscientos pesos por mes. En septiembre de 1995 llegué, como de costumbre, al restaurante, pero esta vez me atendió Leticia, una nueva mesera con quien inmediatamente empecé a platicar. Me contó que había nacido en Guatemala y que desde muy pequeña trabajaba en el restaurante de su mamá. A los catorce años empezó a platicar con Pablo, un cliente mexicano que era enfermero. Él la invitó a conocer el hospital donde trabajaba. Leticia aceptó emocionada. Él la llevo a un cuarto y la violó. La familia de Leticia la obligó a casarse con Pablo. Cuatro meses después de la boda, él tomó la decisión de regresar a México. Una vez ahí, su familia empezó a hacerle la vida imposible a Leticia ya que no soportaban que fuera guatemalteca. Pablo, para alejarla de esa situación, decidió que se fueran a vivir a Motozintla. Para poder mantener a las dos niñas que tenían vendían cacahuates y dulces y ella a veces limpiaba casas. A los ocho años de estar juntos, él le pidió el divorcio, la corrió de la casa y por ser mexicano le dieron la patria potestad de sus hijas. Y así, yendo de casa en casa y de trabajo en trabajo había llegado al restaurante de doña Faustina. Me llamó la atención su valor. Un mes después, y sabiendo que no tenía un lugar fijo, le ofrecí mi casa para que se quedara a dormir ahí. Ella aceptó. No pasó mucho tiempo y ella me pidió que nos arrejuntáramos, me gustó la idea y acepté.

Con el paso del tiempo, Leticia, sin saber cuál era mi relación con Faustina, empezó a tener celos de ella y a hacerme la vida imposible. Traté de explicarle pero nada la podía convencer de que sólo le tenía mucho aprecio. Decidí que ésa no era la vida que quería y le pedí que se fuera. Pasaron dos meses. La extrañaba tanto que la fui a buscar, regresó y comencé a comprar todo lo necesario para tener una casa y vivir cómodamente. Leticia, poco a poco, empezó a cambiar. Le molestaba que fuera a la oficina, le molestaba que tuviera amigos, le molestaba que hablara con la gente. Hiciera lo que hiciera, todo la molestaba. Hablé con ella y le dije que prefería vivir solo. Ella me confesó que se comportaba de esa manera porque se sentía muy inestable y quería algo que fuera suyo. “Quiero poner un changarrito”, me dijo. Lo primero que me vino a la cabeza fue que ella sólo quería mi dinero. Ella sabía muy bien que Magdalena me tenía mi guardadito, pero a la vez pensé: “Leticia es mi mujer y si estoy con ella ¿por qué no tratar de hacerla juntos?” “Está bien”, le respondí, “busquemos otra casa que dé a la calle, donde podamos vivir y tener una tienda”.

Nos cambiamos de casa y empezamos a hacer los preparativos para abrir la tienda. Le hablé a Magdalena y le pedí que me mandara el dinero. Sin embargo, mi mujer comenzó a mostrarse cada vez más extraña: se paraba frente a la puerta para impedirme salir. Un día me agredió y me golpeó en la cara, me tiró los lentes y cuando traté de recogerlos comenzó a golpearme en el suelo. Como pude, salí de la casa. Me quitó las llaves y fui con el dueño, quien tenía una copia. Le pedí que me ayudara a poner una demanda. Él me aconsejó que no lo hiciera, ya que ese tipo de asuntos, por lo general, se arreglaba entre las parejas. Me con-

venció de que era la primera vez y que seguro eso no volvería a suceder. Regresé a la casa, no quería dejar lo que era mío. Leticia, de ahí en adelante, no dejó de preguntarme si yo era guerrillero; luego me preguntó si tenía algo que ver con los zapatistas.¹⁰ Tenía la impresión de que quería encontrar algo que pudiera usar en mi contra.

Abrimos la tienda. Leticia nunca me quiso dar cuentas de las ganancias y siempre encontraba la excusa perfecta: era tarde, estaba cansada o tenía que ir de compras, lo que fuera, pero siempre me pedía que le diera dinero para comprar algo más. Un día, antes de salir para la oficina, le dije: “En la noche tenemos que hacer cuentas”. Cuando llegué a casa, me contó que la habían robado y se habían llevado todo lo que tenía guardado y lo que había en la tienda. Cierta vez fuimos juntos de compras al mercado. Por algún motivo me dijo que se le había olvidado algo, que la esperara ahí parado, que no me moviera; por la sombras, pude reconocer que ella hablaba con alguien más. Regresamos a la casa, me senté y me puse a ver la televisión. Sonó el timbre, ella fue a la puerta y la escuché hablar con un hombre. Me acerqué lo más que pude a la puerta y escuché que ella le decía: “Espérame, ahora voy”. Salió y regresó más tarde. Le reclamé y ella comenzó a golpearme una vez más, gritando: “¡No entiendo cómo te comportas así! ¡Me casé contigo porque eres ciego, porque eres un débil!” Todo golpeado, me salí de la casa y me fui con un amigo. Leticia me siguió y empezó a romper las ventanas de la casa de mi amigo. Llamaron a la policía y se la llevaron detenida. Ya no pude hacer nada por ella.

¹⁰ Simpatizantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Unos días después fui a la casa por ropa. Me regresaba a la Ciudad de México, por nada deseaba estar en la misma ciudad donde ella estuviera. Perdería todo por lo que tanto había luchado, pero me dolía mucho lo que estaba pasando. La dejaron libre. Fui a la casa. Leticia me pidió regresara con ella. Tomé mis cosas y me fui. Ya no quería nada con ella.



MIS OJOS

Después de la explosión quedé dividido en secciones. Los doctores, mis compañeros y yo empezamos a hablar de mi cuerpo como si fuera el motor de un carro. ¿Cómo está la mano derecha, sección superior y prótesis? ¿La mano izquierda, parte superior y dedos? ¿La boca? ¿La cara? ¿Los ojos? Ahora hay que cambiar esta parte o la otra. Pasó mucho tiempo para que yo me sintiera como uno solo; es más, de chico tenía los ojos de color café oscuro, ahora son azul oscuro.

En Cuba, todos estaban más preocupados por atenderme las heridas de las extremidades superiores, pero nadie parecía darse cuenta de mi ceguera, ni yo mismo me interesaba por ella. Pensaba que si no se atendía se iría desapareciendo lentamente, que si todos los demás se interesaban más por otras partes de mi cuerpo era porque eso era lo mejor para mi recuperación, y así fue pasando el tiempo hasta que un día, estando en la casa de seguridad que tenía a su cargo el capitán Chano, cansado ya

de estar en la cama, decidí arriesgarme a salir al jardín. No sabía que Chano estaba sentado en la sala leyendo un libro. Para no incomodarme, él prefirió observar qué tanto podía valerme por mí mismo. Sin notar un escalón, tropecé y me caí. Chano corrió a levantarme y me gritó: “¿Cómo se te ocurre caminar solo si no ves y no conoces la casa?” Llamó inmediatamente a Lucrecia y le exigió que me sacara de ese lugar y me atendieran los ojos.

Con el capitán Chano platicaba mucho sobre la guerra de nuestro país, de las injusticias, de la discriminación, de la riqueza cultural, y siempre llegábamos a la misma conclusión: el levantamiento, aunque doloroso, era necesario y era lo único que acabaría con la injusticia social. Varias veces me dijo que le dolía mi sufrimiento y que si algo similar le pasaba a él, prefería la muerte. Unos meses después tuvo que regresar a Guatemala, al grupo con el que estaba. El ejército los atacó con bombas. Una cayó en un tanque metálico de agua, los pedazos de metal volaron, uno le cayó encima y lo mató. ¡Qué bueno que murió ahí! Si no hubiera quedado como yo, o peor.

Una enfermera me llevó a consulta con la doctora Matilde, quien me revisó el ojo izquierdo. Ese día me pusieron la primera inyección de vitamina para la vista. Todo mundo en el hospital estaba espantado por los gritos que pegaba del dolor. A esto siguieron varios estudios y cuatro meses más tarde me hicieron injerto de córneas. Veinte días después de la operación me quitaron las vendas. Poco a poco fui abriendo los ojos y así también, poco a poco, comencé a ver una luz medio borrosa, luego vi las caras de las personas que estaban conmigo. No puedo describir lo que sentí, empecé a mirar los colores, a distinguir la claridad del

día. Empecé a caminar alrededor de mi cama. Apoyándome en la pared, intenté dirigirme hacia el baño, quería sentir lo que era valerse por uno mismo. Choqué con todo lo que estaba frente a mí, pero no por falta de visión sino por la torpeza que la ceguera me había producido. Era como aprender a ver otra vez. Salí del cuarto, una enfermera me regresó a la cama y me dijo: “No te esfuerces tanto, las cosas son lentamente”. Me acosté, cerré los ojos y me quedé con las imágenes que había visto. Pasé gran parte de la noche recordando que en una ocasión iba caminando en un parque y vi pasar a un hombre ciego que entró a una tienda. Me impresionó mucho su discapacidad y su destreza. Observé con atención cómo compró, salió del lugar y siguió su camino. No podía dejar de mirarlo, seguro inconscientemente sabía que algún día iba a estar en esas circunstancias. Su imagen la tenía muy presente, me quedé dormido y al día siguiente se oscureció mi visión, ya no veía nada. Mi organismo había rechazado el trasplante. Fue un golpe muy duro. Después de una revisión y a pesar del rechazo al trasplante, los doctores me dieron de alta. Ya no veía con claridad, empecé a ver sombras.

En Nicaragua nunca me revisé los ojos y en México parecía que así seguiría, hasta que un oftalmólogo nos visitó en la casa de seguridad. Le pedí al doctor que me revisara el ojo, ya que se me irritaba mucho y era muy molesto. Él le dijo a Sandra que me llevara al Hospital de la Ceguera. Una vez en este hospital, me dijeron que necesitaba un injerto de córnea. Sandra les dejó la dirección de nuestra casa, para que cuando hubiera un donador nos avisaran. Para asegurar que esta vez funcionara el trasplante era necesario realizar una serie de estudios. Sandra me

llevó a todos los estudios. Los resultados fueron favorables. Pasó un año sin noticias del hospital, algo me parecía extraño. El doctor nos volvió a visitar y después de platicar un rato y contarle de la posibilidad de injerto y el tiempo que había pasado, le pregunté si la dirección que Sandra había dado al Hospital de la Ceguera era verdadera. Él respondió: “Tú sabes que las direcciones de las casas de seguridad nunca se pueden dar”. Sí, lo sabía, pero quería creer que ella lo hubiera hecho, porque yo tenía muchas ilusiones de volver a ver.

En ese entonces ya me permitían salir de la casa para ir a la escuela a estudiar la secundaria. Hablé con mi maestra María de los Ángeles, le expliqué mi desesperada situación y ella me confortó diciendo que todo en esta vida tiene solución, y me entregó una nota para que me dirigiera a una clínica militar. De ahí me canalizaron a otro lugar. Al llegar ahí, los doctores me atendieron inmediatamente al verme; corría el peligro de perder para siempre lo poco que me quedaba de salud en los ojos. Me operaron para ponerme una válvula y bajar la presión del ojo, para que luego pudieran llevar a cabo el trasplante. Todo esto a Sandra la molestó profundamente. Se opuso de tal manera que fue a hablar con los doctores para decirles que no llevaran a cabo el trasplante. Arguyó que yo ya había pasado por una operación similar sin resultados y que, además de todo, ella no tenía dinero para pagarme la operación. A pesar de su enojo se programó la intervención. Le pedí a Sandra que no volviera a meterse en mis asuntos de salud. Ya no dependía de ella, esta vez había solicitado al ACNUR y a Sin Fronteras un apoyo financiero para la

operación.¹¹ Quince días después me aceptaron la solicitud y con el dinero que me dieron pagué mis análisis. La primera fecha de la operación se canceló y se me programó una segunda fecha que se volvió a cancelar. Pregunté a los doctores si en esto Sandra tenía algo que ver y la respuesta fue afirmativa. También me dijeron que no querían ilusionarme con la idea de volver a ver, que trataban de evitarme un trauma. Les respondí: “Traumado estoy ya, muchas gracias doctores, hay muchos más hospitales que pueden atenderme”.

Me quedaba muy claro que yo tenía que buscarme los medios para hacerme la operación. Sabía que recuperaría mínimamente la vista, pero eso valía la pena. Todos los doctores me lo habían dicho, así que la molestia que tenía en los ojos mientras estaba en Chiapas me hizo tomar la decisión de llegar a la Ciudad de México, revisarme la vista y empezar a conseguir los fondos para la operación.

No tenía dónde quedarme y le pedí a Magdalena si era posible quedarme tres días a dormir en la oficina. Me dijo que sí. Al día siguiente me dirigí al hospital para buscar al oftalmólogo. Los ojos estaban mal, traía la presión muy alta y eso requería una operación de emergencia, que costaba tres mil pesos.

Me dieron un plazo de tres días para confirmar la operación e informé a Magdalena sobre el costo de ésta. Ella aprovechó para decirme que no podría quedarme en la oficina, ya que no había

¹¹ La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) brinda asistencia a las personas refugiadas en México a través de la organización no gubernamental Sin Fronteras IAP.

las condiciones para un recién operado. Ella por su iniciativa habló con Sandra, para pedirle que me dejara estar en una de las casas de seguridad. Sandra respondió que no tenía lugar para mí.

Magdalena consiguió un sitio donde me pudiera quedar y me ayudó a preparar la carta necesaria para enviarla a las Naciones Unidas que ella misma entregó. Unos días después recibí la magnífica noticia de que sí iba a tener el apoyo para la operación por parte de las Naciones Unidas. Me operaron y, veinticinco horas después, el doctor me revisó y me dijo que la operación había sido exitosa. En 1998 se presentó la oportunidad de hacerme un trasplante por segunda vez, empecé a ver formas y en el 2000 me hicieron otro trasplante. Quedé mucho más estable que antes y ahora he recuperado el quince por ciento de la visión.



Rodrigo festeja por adelantado su cumpleaños en Guatemala con sus sobrinos y Rosita, la hermana que siempre creyó que él estaba vivo y esperó su regreso.

EL REENCUENTRO CON MI FAMILIA (1998)

Samuel se ponía muy cerca de la estación del metro y me quedaba muy accesible bolearme los zapatos con él. En una ocasión, sin percatarme de que con él estaba un hombre al que también le boleaba el calzado, le platiqué mi historia de la guerrilla en Guatemala. Al día siguiente, como de costumbre, pasé a bolearme y Samuel me dijo que el hombre que se estaba boleando los zapatos al mismo tiempo que yo, me había dejado cien pesos y que de ahí en adelante me dejaría dinero mensualmente. En mayo de 2001, el hombre que me dejaba mi mesada, el licenciado Juan Sánchez Mejorada, me dejó además una tarjeta para que lo llamara a su nuevo trabajo. Cuando lo conocí me preguntó qué era lo que necesitaba. Le dije: “Tres cosas: trabajo, estudios y encontrar a mi familia”. Ahí quedó nuestro primer encuentro.

Trató de conseguirme trabajo pero el horario se contraponía con mi escuela. Por un rato todo quedó igual, pero nunca dejó de pasarme mi mesada, que la había aumentado a doscientos pesos. Un día me llamó para que lo fuera a ver y me pidió que llevara a Samuel. Nos llevó a desayunar y nos presentó con José Antonio Dorbecker, quien inmediatamente se interesó en mi caso. Me recomendó ir con Rigoberta Menchú. Le platiqué que ya la había ido a ver, pero que ella estaba muy ocupada. Me pidió que le diera un tiempo para que fuéramos juntos a verla. Mientras, me metió a dar unas pláticas sobre el tema “El camino a la libertad”. El día llegó y el señor Dorbecker me llevó con Rigoberta Menchú; le preguntó cuándo tenía pensado salir para Guatemala. “El 16 de agosto”, respondió ella. Estábamos a 13. Le propuso que me llevara con ella y le aseguró que el pasaje corría por cuenta de él. Ella aceptó un poco sorprendida.

En el avión sólo pensaba en lo agradecido que estaba con el licenciado Sánchez Mejorada y el señor Dorbecker. Gracias a ellos uno de mis sueños estaba a punto de volverse realidad. Desde el aeropuerto llamé a un par de ex compas. Llegaron por mí y pasé la noche en casa de uno de ellos. Al otro día dijeron que me querían acompañar a ver a mi familia. Primero llegamos a San Martín Xilotepeque, departamento de Chimaltenango, a casa de Martina, una de mis hermanas. Sin reconocerme y viendo al grupo de amigos con los que iba, se espantó y comenzó a gritar: “¡Váyanse, no quiero saber nada de ustedes!” Tal vez pensaba que éramos ladrones o guerrilleros. Había quedado muy afectada después de que le mataron al marido.

Para asegurarle que era yo, le platiqué la anécdota de cuando Virgilio la corrió a ella y a su novio. Rompió en llanto y se con-
tuvo hasta después de un largo rato. Le pedí que juntara a toda
la familia. Le di dinero para que comprara algo para comer. Nos
reunimos más de cuarenta personas, todo fue muy emotivo.

Platiqué un rato con Rosita sobre mis padres y mis herma-
nos. Me contó que un día llegó un grupo de militares a la casa
donde vivían. Le preguntaron a mi papá que dónde estaba Ro-
drigo, su hijo. Mi padre nunca reveló mi paradero. En ese instan-
te, sacaron a mi cuñado, el esposo de Martina, y lo balacearon.
Salió mi hermano a defenderlo y lo balacearon; salió mi padre
y lo mataron ahí también. Mi madre estaba cocinando, agarró
la olla con comida hirviendo y la lanzó sobre el soldado que les
había disparado; éste, enojado, le disparó y la mató. A mi herma-
na Rosita no le hicieron nada porque su esposo era comisionado
militar. Mi hermana pidió a los soldados que le dieran permiso
para enterrar a todos en el cementerio de la comunidad de Choa-
bajito, que se encuentra a quince kilómetros del pueblo, en un
lugar que tenían sitiado los soldados. Ellos no la dejaron llevar a
cabo el entierro, así que tuvo que sepultarlos en el terreno donde
fueron masacrados, en Tierra Caliente. Encarnación, uno de mis
sobrinos, hijo de Francisco, mi hermano al que mataron durante
la masacre en mi casa, me platicó cómo su abuelo materno lo
había salvado a él, a su hermana y a su madre. El abuelo estaba
trabajando en la Finca de San Nicolás. Por casualidad leyó en el
periódico que habían masacrado a veinticuatro campesinos indí-
genas de Choabajito, entre los cuales estaba su yerno Francisco.
Inmediatamente pidió permiso para ir a la comunidad. Se enteró

de que sus nietos e hija estaban escondidos con una señora, los sacó y se los llevó a la finca.

Hablamos también de mi ex esposa y de Santa. Rosita me contó que mi hija había muerto de enfermedad ya que Leona no tenía el dinero para atenderla. Esa noche la pasamos todos en el pueblo, en la casa que primero era de mi hermano Francisco y después fue de mi hermano Cruz. Después de que mataron a Francisco, Cruz se apoderó de lo que había dejado. Cruz también me platicó sobre mi familia: “La niña enfermó. Leona no tenía dinero para atenderla y cuando llegó el ejército la dejó en la casa a la buena de Dios, ya que le era muy difícil escapar con la niña en brazos”. Al otro día fui a conocer a mis sobrinos, los dos hijos de Rosita y los dos de Francisco. Me platicaron cómo su abuelo les había salvado la vida.

Regresé a la Ciudad de México muy emocionado por haber encontrado a una parte de mi familia. Llamé a los amigos que me habían financiado el viaje. Cuando hablé con José Antonio Dorbecker le di las gracias y me preguntó: “¿Cómo te sentiste cuando viste a tu familia?” Respondí: “Tuve que contener el llanto para disfrutar el encuentro con ellos”. Me mantuve en contacto con Rosita quien me avisó que Leona, mi ex, se había aparecido y que quería verme o hablar conmigo. Estaba conmovida por la noticia de mi aparición. Ella pidió un encuentro telefónico. Mi hermana arregló todo para hablarnos un domingo. La llamé. Escucharla me dio mucha satisfacción. Leona decía estar muy agradecida con Dios por mi aparición después de tantos años. Le pregunté por Santa, tenía que oír su versión. Dijo que había muerto de enfermedad durante la guerra. Ella no pudo curarla por falta de medios

económicos. Siguió diciendo que, al ver que yo no regresaba, se había ido con otro hombre, quien la engañó y la dejó con un hijo que ahora tenía catorce años. Los dos vivían en la casa de una señora para quien ella trabaja como sirvienta, en la ciudad capital. Le pregunté si quería encontrarse conmigo en la casa de Rosita y contestó que sí, quedamos en estar en contacto y que yo le avisaría luego con más detalle sobre mi llegada.

Tenía pensado regresar a Guatemala después de haber trabajado y ahorrado un poco, pero la forma en que Rosita me pidió regresar fue muy contundente: “Tienes que venir inmediatamente para resolver el problema de los documentos. Yo ya no puedo más y Cruz cada vez se pone peor”. No sabía de qué hablaba pero arreglé todo para volver lo antes posible. Una vez en Guatemala me reveló que dos días antes de que mataran a mis padres, ellos le habían entregado las escrituras del terreno de Tierra Fría y le pidieron que me los diera cuando regresara. Me habían dejado como único heredero. Por diez años Rosa mantuvo la herencia en secreto, pero llegó el día en que lo comentó en familia. Cruz y mis hermanas se molestaron sobremanera, “¿Y qué va a hacer con las tierras, si ya está muerto?!” , exclamaron. Fue tal el coraje que Cruz, junto con otras tres personas, con pistola en mano sacó a Rosa de su casa, tiraron y rompieron todo lo que encontraron a su paso hasta que hallaron los papeles. Como supuestamente yo había muerto y Cruz quería sacarle provecho a las tierras, necesitaba que todas las hermanas firmaran un documento donde aceptaban mi muerte como un hecho y cedían todo derecho a Cruz. Sin embargo, Rosa siempre tuvo la esperanza de que yo regresaría y nunca quiso firmar. Bajo tanta presión, Rosa me preguntó qué era lo que

yo quería hacer. Le pedí que me diera un tiempo para pensarlo, ya que por el momento no deseaba pelearme con mis hermanos.

Salimos de la casa y nos dirigimos a casa de mi suegra Lorenza, para visitarla y pedirle que me contactara con Leona, su hija. Me comunicaron y hablé con ella. Quedamos en vernos el domingo frente a la iglesia de San Martín Jilotepeque. La chica que me ayudó con la conferencia telefónica me comentó que tenía un familiar con camioneta y le iba a pedir que nos llevara de regreso a Tierra Fría, a casa de Cruz. Cuando mi hermano me vio, se sorprendió mucho. Me reclamó el no haberle avisado de mi visita. Sin preámbulos comenzó diciendo que tenía la escritura del terreno donde él vivía y necesitaba la firma de Rosita para vender el terreno. Le señalé a Cruz que lo que estaba haciendo era incorrecto, que él no podía vender ninguno de los terrenos porque se iba a meter en problemas, que eso era ilegal. Le afirmé que no estaba ahí en plan de guerra y que mi única ilusión era reunirme con mi familia. Le pedí que por favor fuera el domingo con mis hermanas a encontrarme afuera de la iglesia. Yo sabía que mis hermanas acudían a la iglesia donde quedé de verme con Leona.

Llegamos a San Martín y nos encontramos con Romilda y Bernabé, mis hermanas. Estaban muy enojadas por la forma del encuentro. Les expliqué que no sólo estaba ahí por lo de la escritura sino también para reunirme con todos ellos. Leona se unió al grupo y, sin decir palabra alguna, se dedicó a escuchar el pleito. Romilda, al escuchar la palabra escritura, se enfureció y negó tener algo que ver en eso. Cruz la empezó a desmentir y dijo que Romilda lo había forzado a robar las escrituras. Leona se asustó y se fue. Romilda y Bernabé se levantaron de la banca donde estaban

sentadas y se fueron jurando no querer saber nada más de mí. Rosa me llevó en busca de Leona. Ella y su familia tenían un puesto en el mercado que se ponía al lado de la iglesia. Ahí estaba. Me presentó a su hijo Juan. Platicamos de varias cosas, entre ellas, le hice la propuesta de considerar la posibilidad de juntarnos y que yo por mi parte también lo haría. Acordamos vernos al día siguiente en casa de Rosita, para que ahí me diera su respuesta. Sin lugar a dudas, todo iba bien con Leona, pero había algo que me decía que ella no era totalmente honesta conmigo. Quedamos en que nos llamaríamos al menos una vez al mes. Además, me pidió que aceptara que me fuera a despedir al aeropuerto.

Al día siguiente, Cruz fue a visitarme y a explicarme que el terreno se había vendido y que ya todos tenían el dinero de la venta o las escrituras, excepto Rosa; que a él lo habían manipulado, que por favor tomara eso en cuenta y que no fuera a tomar represalias legales. En el aeropuerto, Leona me entregó una carta y me pidió que la leyera más tarde. ¡Qué triste! ¡Yo no podría leerla jamás por mí mismo!



Rodrigo en la ciudad de Guatemala, frente a Palacio Nacional, en una de las visitas a su familia.

MI HIJA

Rosa pensaba que había algo raro en las versiones de Cruz y Leona sobre lo que había pasado con Santa y quería platicar con Leona para aclararlo. Por esto y por el encuentro mismo, ellas empezaron a visitarse más frecuentemente, ya fuera que se vieran en el pueblo o en la ciudad de Guatemala, donde ambas trabajan durante la semana. Rosa empezó a visitar la casa de la mamá de Leona. Ahí había una chica que muy probablemente tendría la edad de Santa. Rosa empezó a preguntar quién era esa chica a la que mandaban fuera siempre que ella llegaba. En una ocasión, le dijeron a Leona que esa chica era la hermana menor de la familia. A Rosa esto no le parecía lógico, pues ella se acordaba de todos los hermanos, menos de ésta. Así siguieron las cosas por un rato, pero Rosa no dejaba de insistir en saber más sobre esa chica. Una de las últimas veces que Rosa vio a Leona, le

preguntó por la chica y ella le dijo que se había casado y se había ido a vivir muy lejos.

Estamos seguros de que esa chica es Santa, pero no tenemos cómo comprobarlo. Cuando yo fui a ver a mi suegra y a encontrarme con Leona, ella estaba en la casa. Me ayudó a conseguir un carro para que nos llevara de regreso a casa de Rosa, nos compró unos refrescos y nos dio algo de comer. Por lo menos tuve la oportunidad de estar con ella. Espero que, si es mi hija, pueda volver a verla.



Rodrigo en una reunión con Gil (vestido con un suéter con mangas a rayas) y unos amigos. Él presentó a Rodrigo con la monja que le dio el departamento en Texcoco, lugar donde empezó una vida totalmente independiente.

ENTRE LA CIUDAD DE MÉXICO Y TEXCOCO

Salí destrozado de Chiapas. Llegué con Magdalena y le pedí que me ayudara a encontrar un lugar para vivir. Las casas de seguridad estaban deshabitadas y los dueños estaban tratando de venderlas; mientras lo hacían, necesitaban de alguien que las cuidara para evitar que se metiera gente a vivir ahí. Me ofrecieron quedarme en una de ellas hasta que el dueño decidiera qué hacer con la propiedad; yo acepté inmediatamente. Margarita era una monja que dirigía una escuela para ciegos. Un buen día, renunció a su cargo. Ella le comentó a Gilberto, un amigo mío que estudiaba con ella, que su sueño era hacer un proyecto de viviendas para ciegos y que eso ya se le había hecho realidad. Una institución le había donado veinticinco mil pesos y con eso

iba a comprar un terreno en Santa Rosa, cerca de Texcoco, Estado de México. Empezó a construir las casas y a llevar a algunos ciegos a vivir ahí. A Gilberto le ofreció un departamento en la construcción, pero él no lo quiso aceptar porque no quería dejar su trabajo; tendría que viajar mucho para ir y venir, así que me lo ofreció a mí y yo lo acepté.

Margarita me regaló el departamento. Tenía que viajar mucho para llegar a él pero eso no importaba porque tener mi casita me hacía muy feliz. No tardó mucho para que los vecinos se dieran cuenta de que yo no era mexicano y que, además, el departamento era mío. No lo soportaron y se dedicaron a hacerme la vida imposible. Me empezaron a acusar de extranjero y de guerrillero. En eso me salió el primer viaje a Guatemala. Por unos días no tuve que pensar en cómo sortear los problemas que tenía con los vecinos que, además de todo, también eran ciegos.

El viaje de regreso a México me había dejado totalmente exhausto, tanto física como moralmente. Durante el largo camino a mi casa tuve tiempo de reflexionar sobre lo que había pasado. Ese día me sorprenderían más cosas. Don Pedro, el vecino del departamento de abajo, había cambiado la chapa y no me quería dejar entrar si no le pagaba renta, ya que decía ser el dueño. Lo empujé y me metí como pude. No tenía mucha energía para ponerme a pelear con él. Como no le hice caso y llamé a Margarita, empezó a ponerme trampas en las escaleras: botellas, cajas, cualquier cosa para hacerme tropezar; cerraba el gas; yo le pedía que limpiara el excremento de sus tres perros, pues varias veces los pisé, y él me decía que si tanto me molestaban los limpiara yo. Recuerdo que amarraba a uno de los perros cerca de la esca-

lera, para que me espantara. Entre todos teníamos que comprar las pipas de agua para asegurar nuestro abastecimiento. Como yo no me quería quedar sin agua, él se aprovechaba de esa situación y me hacía pagar su parte. Los demás vecinos sabían lo que don Pedro me hacía y lo apoyaban. Me aseguraba que él tenía los papeles del departamento y que Margarita no era la dueña y siempre me gritaba que me fuera de su departamento. Margarita me decía que hablaría con él. Un día me llegó un citatorio para presentarme en un juzgado en San Salvador Atenco; se me acusaba de caminar desnudo frente a menores de edad. Don Pedro inventó que yo caminaba sin ropa frente a sus hijos. Una vez en el juzgado, insistió en gritar todo el tiempo que yo era guerrillero, enseñó los documentos del departamento y argumentó que era suyo y que yo no le pagaba renta. La gente del juzgado le echó un vistazo a los documentos e inmediatamente notaron que no eran verdaderos.

No se llegó a nada. El juez le dijo que si Margarita me había dejado quedarme ahí, él tenía que respetar la decisión. Como él no podía comprobar legalmente lo que decía, contrató a un familiar para cuidar la puerta y no dejarme entrar. Un día que no me dejaron entrar, le dije que lo hacía responsable si algo le pasaba a mis cosas. Me regresé a la Ciudad de México y ya de ahí me trasladé a mi escuela de ciegos, hablé con la directora y le pedí que me dejara quedarme por unos cuantos días en la escuela mientras resolvía el problema y ella aceptó. Decidí ir al día siguiente a San Salvador Atenco para hablar con el juez de la Comisión de Arbitraje. Le pedí que giraran una orden para poder entrar a mi casa y que por un mes me dejaran en paz para que yo pudiera

en ese tiempo encontrar otro lugar para cambiarme. Yo ya no quería más problemas, sólo deseaba saberme seguro en mi casa. El juez me dio la razón y le mandó un citatorio a don Pedro. Él se presentó y le plantearon mi petición. Aceptó después de que el juez le dijo que, si no aceptaba, tendría otro tipo de problemas. A los quince días me cambié de casa.

Tiempo después, me enteré de que el Gobierno del D. F. tenía un programa de apoyo para los discapacitados. Como yo tengo mi carta de naturalización, solicité el apoyo y me inscribí en el programa. Un año después, el jefe de gobierno me entregó en persona la tarjeta que me permite cobrar una mensualidad.

EN EL METRO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

En 1997 no veía nada. Me iba a meter al vagón del tren en una de las estaciones más complicadas del D. F. Obviamente, no me di cuenta de que el tren había arrancado unos segundos antes. Caminé hacia lo que yo pensé que era la puerta y caí a las vías. Un matrimonio me sacó. Estaba muy lastimado y me tuvieron que llevar en ambulancia a una clínica. En ese entonces el accidente me pareció un accidente más. Me tomó tiempo recuperarme y sentirme mejor, pero nunca más me he dejado llevar por lo que creo. Ahora me aseguro primero.

Otro día fui a una estación que conozco demasiado bien. Entré al vagón, me senté y me quedé dormido. Como escuché que estábamos acercándonos a una estación, asumí que era en la que yo debía bajarme y salí sin usar el bastón. Di la vuelta y caí a las vías. La electricidad me aventó y me hizo caer parado. Me lastimé la frente y tuve uno que otro raspón, pero esta vez no fue necesario llegar a la clínica. Quedé menos golpeado que la vez anterior, pero con mucho miedo. Este segundo accidente me ha servido para reflexionar mucho sobre mi condición de ciego.



Rodrigo, el Chamagol, en un juego de futbol para ciegos.

EL FUTBOL

Gilberto, mi amigo que también es ciego, me comentó que había una liga de futbol para ciegos y me invitó a que participara en ella. Desde chico yo jugaba futbol con mis amigos y luego con la guerrilla nos echábamos nuestras cascaritas. Fui a verlo jugar al deportivo. Me invitaron a jugar, me gustó mucho y le pedí que me dejaran participar. Me uní al equipo Chivas. Por tres temporadas quedamos en segundo lugar; después jugamos un torneo relámpago por el aniversario de la liga y ganamos el trofeo de primer lugar. El equipo sorteó el trofeo y yo me lo gané. Después de un largo tiempo me hicieron un homenaje por mi disciplina en el futbol. Salí del Chivas y empecé a jugar con otros equipos. Siempre me han regalado los trofeos, ya tengo varios en casa. Gilberto dice que los equipos y los jugadores me reconocen como un buen elemento. Así que su equipo, el Chivas, me pidió que regresara

con ellos. Regresé un tiempo y ahora juego en el Liverpool, con quien tengo el honor de haber ganado otro torneo. Gilberto me bautizó con el nombre de Chamagol. En el club, así me llaman.

TÉRMINOS IMPORTANTES PARA LA PROTECCIÓN INTERNACIONAL DE PERSONAS REFUGIADAS¹²

Asilo, derecho al

“En caso de persecución, toda persona tiene derecho a solicitar asilo y a disfrutar de él en cualquier país”.¹³ El asilo es el otorgamiento de protección que hace un Estado en su territorio a nacionales de otro Estado que huyen por temor de persecución o peligro grave. Una persona a la que se otorga el asilo se convierte en refugiada. La noción de asilo engloba una serie de elementos, entre los cuales figuran la no devolución, el permiso para permanecer en el territorio del país de acogida y normas relativas al trato humano.

Determinación *prima facie* de la condición de persona refugiada o determinación colectiva de la condición de persona refugiada

Práctica en virtud de la cual todas las personas que forman parte de una afluencia masiva son consideradas como refugiadas *pri-*

¹² Véase “Glosario de términos clave relativos a la protección internacional de los refugiados”, en *Refugiados. Legislación y estándares internacionales básicos*. México, ACNUR, 2005.

¹³ Artículo 14 de la Declaración Universal de Derechos Humanos. <<http://www.un.org/es/documents/udhr/index.shtml>>.

ma facie (expresión latina que, en el derecho, significa “a primera vista” o “en principio”). En el marco de la determinación colectiva, se atiende a las necesidades de protección y asistencia sin una determinación individual previa de la condición de persona refugiada.

Persecución

De manera general, es toda violación grave de los derechos humanos. En el contexto de los refugiados, el término *persecución* designa todo acto mediante el cual se vulneren gravemente los derechos fundamentales por motivos relacionados con la raza, la religión, la nacionalidad, las opiniones políticas o la pertenencia a un grupo social.

Persona refugiada

Una persona refugiada es aquella que, debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país; o que, careciendo de nacionalidad y hallándose, a consecuencia de tales acontecimientos, fuera del país donde antes tuviera su residencia habitual, no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera regresar a él.¹⁴

¹⁴ Convención de 1951 sobre el Estatuto de los Refugiados.

También se considera como refugiadas “a las personas que han huido de sus países porque su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas por la violencia generalizada, la agresión extranjera, los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos y otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público”.¹⁵

Personas refugiadas y discriminación

La discriminación racial y las formas conexas de intolerancia son causas comunes de la huida y pueden amenazar la protección de los solicitantes de asilo y de los refugiados en las subsecuentes etapas del ciclo de desplazamiento.

El miedo al “otro” es originalmente la base de los sentimientos racistas y de intolerancia.

La particular vulnerabilidad de los solicitantes de asilo y los refugiados a actitudes y actos racistas y xenófobos son un problema actual que debe ser abordado, particularmente en el contexto del creciente interés internacional en los refugiados urbanos.¹⁶

En muchas sociedades existen, en mayor o menor medida, diferencias de trato entre sus distintos grupos. Sólo en determinadas circunstancias esa discriminación constituirá persecución, como en el caso de que las medidas de discriminación tuvieran consecuencias de carácter esencialmente lesivo para

¹⁵ Declaración de Cartagena sobre los Refugiados de 1984.

¹⁶ *La lucha contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia a través de un enfoque estratégico*. Ginebra, ACNUR, 2009.

la persona de que se tratase, como, por ejemplo, si limitaran gravemente su derecho a ganarse la vida, a practicar su religión o a tener acceso a los servicios de enseñanza normalmente asequibles.

Las medidas de discriminación, aunque no tengan en sí mismas carácter grave, pueden dar lugar a temor justificado de persecución si crean en el fuero interno de la persona de que se trate un sentimiento de desconfianza e inseguridad con respecto a su existencia futura. La cuestión de si tales medidas de discriminación constituyen o no en sí mismas persecución debe decidirse a la luz de todas las circunstancias del caso. Es evidente que la alegación por una persona de sus temores a ser perseguida será más convincente cuando haya sido víctima de diversas medidas discriminatorias de esta índole y se dé así cierta concurrencia de motivos.¹⁷

Procedimientos para determinar la condición de persona refugiada

Procedimientos jurídicos y administrativos realizados por el ACNUR o por los Estados para determinar si una persona debe ser reconocida como refugiada en virtud de la legislación nacional o del derecho internacional.

¹⁷ *Manual de procedimientos y criterios para determinar la condición de refugiado en virtud de la Convención de 1951 y su Protocolo de 1967 sobre el Estatuto de los Refugiados*. Ginebra, ACNUR, 1988.

Solicitante de asilo

Persona cuya solicitud de asilo aún no ha sido objeto de una decisión definitiva por parte de un país de acogida potencial.

DIRECTORIO

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN
Miguel Ángel Osorio Chong
Secretario

CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN
Alejandra Haas Paciuc
Presidenta

JUNTA DE GOBIERNO
Representantes del
Poder Ejecutivo Federal

Roberto Rafael Campa Cifrián
Secretaría de Gobernación

Fernando Galindo Favela
Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Pablo Antonio Kuri Morales
Secretaría de Salud

Secretaría de Educación Pública

José Adán Ignacio Rubí Salazar
Secretaría del Trabajo y Previsión Social

Antonio Francisco Aztiazarán Gutiérrez
Secretaría de Desarrollo Social

María Marcela Eternod Arámburu
Instituto Nacional de las Mujeres

Representantes designados por la
Asamblea Consultiva

Mariclaire Acosta Urquidi
Haydeé Pérez Garrido
Elena Azaola Garrido
Miguel Concha Malo
Gabriela Warkentin de la Mora
Amaranta Gómez Regalado
Marta Lamas Encabo

Instituciones invitadas
Centro Nacional para la Prevención
y el Control del VIH/Sida

Consejo Nacional para el Desarrollo
y la Inclusión de las Personas con
Discapacidad

Comisión Nacional para el Desarrollo
de los Pueblos Indígenas

Instituto Mexicano de la Juventud

Instituto Nacional de Migración

Instituto Nacional de las Personas
Adultas Mayores

Sistema Nacional para el Desarrollo
Integral de la Familia

Órgano de vigilancia

Manuel Galán Jiménez
Sergio Federico Gudiño Valencia
Secretaría de la Función Pública

ASAMBLEA CONSULTIVA
Mariclaire Acosta Urquidi
Presidenta

Salomon Achar Achar
Silvia Dalí Ángel Pérez
Elena Azaola Garrido
Miguel Concha Malo
Santiago Corcuera Cabezut
Sarah Corona Berkin
Tiaré Scanda Flores Coto
Mario Luis Fuentes Alcalá
Amaranta Gómez Regalado
José Antonio Guevara Bermúdez
Carlos Heredia Zubieta
Marta Lamas Encabo
Esteban Moctezuma Barragán
Jacqueline Peschard Mariscal
Haydeé Pérez Garrido
Carlos Puig Soberon
Alejandro Ramírez Magaña
Pedro Salazar Ugarte
Gabriela Warkentin de la Mora

Después de la mina. Testimonio de una persona refugiada
se terminó de imprimir en noviembre de 2017 en los talleres
de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V.,
San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
09830, Ciudad de México

Se tiraron 1 000 ejemplares.

Rodrigo Telón narra en este libro fragmentos de su vida que reflejan cómo, en distintos momentos, sus derechos fueron limitados o negados por razones vinculadas a su origen étnico, su nivel económico, su ideología política, su origen nacional y su discapacidad.

Esta historia es un puerto de partida para la reflexión sobre el respeto a personas que viven situaciones de discriminación multifactorial, las cuales se traducen en la imposibilidad de ejercer plenamente sus derechos; es una invitación a detenernos un momento a pensar en cómo actuaremos la próxima vez que nos encontremos frente a una persona que vive alguna situación similar a cualquiera de las que relata Rodrigo.

CRÓNICAS Y TESTIMONIOS